

Hijas de la Caridad Canossianas
Siervas de los Pobres

Plan de Formación

PRESENTACIÓN

El XV Capítulo General nos ha invitado con claridad a renovar radicalmente la calidad de nuestra vida Religiosa y de nuestra presencia apostólica en el mundo de hoy. Nuestras reflexiones sobre el tema del Capítulo “Por Cristo con Magdalena – vida de Consagración. Los Votos Hoy” son para nosotras un desafío y nos indican el camino de continua conversión y transformación. Los miembros del Capítulo han advertido la necesidad de rever el Plan de Formación “considerando las características de las jóvenes generaciones, la orientación del Capítulo General, los documentos más recientes y la internacionalidad del Instituto” (Res. Cap. N. 11).

El Consejo General, ha involucrado a todas las Hermanas en el proceso de revisión del Plan de Formación, con la finalidad de hacerlo más pertinente y práctico. Las diversas comisiones han tomado este mandato con gran sentido de responsabilidad y han sugerido incluir procesos formativos para todas las Hermanas, en las diversas etapas de la formación. La última comisión internacional que se ha reunido en Roma, ha recogido las propuestas de las diversas comisiones de modo que el texto sea estimulante y significativo para todos aquellos que consideran prioritario el camino de formación personal. Con la experta guía del Padre Amedeo Cencini hdcc, se ha reservado un espacio prioritario también a la formación permanente. Nuestra gratitud al Padre Amedeo y a todos los miembros de la comisión, sobre todo a aquellos que han trabajado hasta el final con gran dedicación y cuidado.

Hemos tenido la oportunidad de rever el texto durante el encuentro internacional de las Formadoras, en septiembre de 2012 y durante la Consulta General Alargada de noviembre del mismo año. Hemos apreciado las observaciones críticas y las propuestas concretas de las Formadoras y de los Consejos Provinciales.

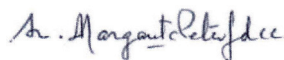
Tengo el gozo de presentar este Plan de Formación a cada Hermana de nuestra Familia Religiosa y de recomendar su lectura como ayuda para nuestro camino formativo. ‘La renovación de los Institutos depende principalmente de la formación de sus miembros’ (Directivas sobre la Formación en los Institutos Religiosos). Es a través de un proceso formativo cuidado que se llega a ser cada vez más discípulos de Cristo y una canossiana llega a ser verdadera Hija de la Caridad. La formación llega a ser un continuo proceso de conversión y de transformación, que conduce a la renovación del Instituto y a su revitalización carismática.

Esta edición de nuestro Plan de Formación nos ofrece nuevas intuiciones y sugiere procesos que favorecen una formación permanente para todas, prescindiendo de la edad y de la etapa de formación en la que se encuentran. Un crecimiento armonioso e integral se realizará mediante una progresiva asimilación de los valores evangélicos y carismáticos, en el espíritu de oración, en la profundización de la Palabra de Dios, y en la fervorosa participación en los Sacramentos.

Vivimos en tiempos de cambios culturales rápidos y radicales, que piden una disponibilidad siempre nueva para comprender el mundo de hoy. Esto requiere también una renovada modalidad en la lectura, discernimiento e interpretación de los signos de los tiempos. Mantengámonos abiertas al Espíritu Santo, en respuesta a la invitación de Santa Magdalena “Inspice et Fac”. Gradualmente asumiremos la forma del Hijo y del Siervo, “tendremos los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”. Si hacemos uso de todas las oportunidades abiertas para nosotras en nuestro camino de formación permanente integrada, podremos asegurarnos a nosotras mismas un proceso de crecimiento y un profundo despertar espiritual y carismático. Este Plan de Formación será de gran ayuda en este camino.

Espero y rezo para que este 'Plan de Formación' custodie en cada una de nosotras la inspiración que sostiene la visión carismática de Magdalena en nuestra vida, nos refuerce en las motivaciones apostólicas y en el empeño de hacer conocer y amar a Jesús, y de ser testigos gozosos y proféticos en nuestro mundo de hoy.

Roma, 25 de marzo de 2013

A handwritten signature in cursive script, reading "M. Margaret Peter".

*M. Margaret Peter
Superiora General*

PREMISA

NUESTRO INSTITUTO Y LA FORMACIÓN

El momento histórico en el cual el Instituto se encuentra viviendo y en el cual está comprometido a renovarse mediante la constante asunción de una ‘mentalidad de cambio’, impone un replanteo general también de la Formación, entendida no sólo como compromiso característico del período inicial de la vida religiosa de sus miembros al cual dar particular importancia, sino como un camino que se extiende a lo largo de su existencia y que compete a todas las Hermanas.

Ya que el Instituto considera la Formación como “el proceso clave para sostener y promover la identidad carismática en su evolución histórica en un contexto de rápidos cambios socio-culturales”¹, se les pide a las personas que son llamadas que cultiven una disponibilidad continua a dejarse formar por la vida hacia la “progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo”², según el carisma propio que Magdalena de Canossa, nuestra Santa Fundadora, nos ha transmitido a nosotras sus Hijas.

El gran don del llamado a este santo Instituto de Caridad³ tiene la necesidad de ser acogido, custodiado y hecho crecer, día tras día, en la vida cotidiana de cada Hija de la Caridad, Sierva de los Pobres, cualquiera sea la edad y su situación existencial. Es el don del amor más grande, contemplado en Jesús Crucificado sobre la Cruz, acogido en plenitud por María Santísima Dolorosa, Madre de la Caridad al pie de la Cruz, que capacita al amor a cada Hermana.

¹ XV Capítulo General, Resoluciones Capitulares, 2008, 17.

² Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 1996, n. 65.

³ Cfr Magdalena de Canossa, *Reglas y Escritos Espirituales*, I, Roma 1984, 23.

Es siempre el mismo don que dilata el corazón de la Hija de la Caridad Canossiana para ir “a cualquier lugar... para la Gloria de Dios y para el bien de las almas”⁴, en obediencia al mandato de Jesús “Eu-ntes in universum mundum” (Mt. 28, 19), para hacer conocer y amar a Cristo ya que Él “no es amado porque no es conocido”⁵.

El Instituto, a través de la Superiora General, se hace garante y custodio de este don. Él vigila con responsabilidad a fin de que todas las Hermanas se comprometan a llevarlo a la plena maduración mediante un serio camino de identificación con Cristo Crucificado y de discipulado respecto de María Santísima Dolorosa, única y “sola Madre”⁶, camino vivido en la libertad y en la responsabilidad. Ninguna, en efecto, puede ser sustituida en este compromiso de identificación.

Se exhorta a la Superiora General, además, a mantener dentro del Instituto la comunión y la fidelidad al Evangelio y al Carisma también por medio del Plan de Formación, teológica y pedagógicamente fundado en sus indicaciones generales, mientras respeta, al mismo tiempo, la necesidad de la inculturación de la formación en los diferentes Países, según el rostro internacional de nuestro Instituto.

El impacto de la globalización, el progreso de la tecnología y de las ciencias, los recientes cambios de clima y las radicales consecuencias socio-culturales de transformación influyen fuertemente en la mentalidad y en el estilo de vida de todos, y no solamente de los más jóvenes.

De aquí deriva la necesidad de una adecuada propuesta de formación que garantice el cuidado de una clara identidad carismática de cada Hija de la Caridad.

⁴ Magdalena de Canossa, Epistolario II/2, Roma 1984, 1174.

⁵ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 180.

⁶ Idem 25.

EL PLAN DE FORMACIÓN DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD CANOSSIANAS SIERVAS DE LOS POBRES

Significado

El Plan de Formación es un instrumento que se propone transcribir en términos pedagógicos el contenido de la Regla de Vida, en lo que concierne al ámbito formativo. En efecto, recoge las líneas generales, educativas y pedagógicas del carisma canossiano.

Al Plan de Formación del Instituto, en el respeto de su rostro internacional e intercultural, recurren los Proyectos de Formación de las distintas Provincias, inculturados según las exigencias y las características propias de la cultura local, siempre en la fidelidad dinámica al don recibido por el Espíritu. El actual Plan de Formación recoge los aportes llegados de las Hermanas del Instituto y de los ofrecidos por los últimos Documentos del Magisterio sobre la vida consagrada y del Instituto.

Criterios

A partir de la idea de que la Formación es Permanente, el Plan ofrece una visión global del camino formativo de la Hija de la Caridad, Sierva de los Pobres. Evidencia la unidad de los procesos y es al mismo tiempo dinámico. Tiene en cuenta que la formación es un proceso concreto y gradual.

Es un texto no definido de una vez para siempre, sino que deja abierta la posibilidad de ser revisado, tanto sea en el lenguaje como en sus procesos, cuando la renovación sea necesaria.

Queda, de todos modos, como texto de referencia para todo el Instituto.

Destinatarios

El Plan está dirigido a cada Hermana del Instituto, cualquiera sea su etapa de vida, y la invita a renovarse, en la conciencia de que la formación es un compromiso que no tiene límites de edad y que todas estamos incesantemente en estado de formación. Permanece siempre actual y estimulante la tensión para vivir con los mismos sentimientos de Cristo y de Cristo Crucificado, hasta cuando seremos transfiguradas en Él, o sea hasta la muerte.

Destinatarias del Plan de Formación son, de manera especial, las responsables de la formación de cada etapa formativa y las jóvenes en la etapa inicial de la formación.

Poder recurrir a un mismo Plan de Formación de Instituto facilita:

- la referencia común a los rasgos esenciales de nuestro carisma, válidos en todas las culturas, más aún a una pedagogía esencial estrechamente ligada a la teología del carisma
- la continuidad formativa entre las distintas etapas
- la posibilidad de una sana alternancia de las Hermanas responsables de la formación
- la confrontación sistemática entre las distintas culturas.

PARTE PRIMERA

LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA FORMACIÓN CANOSSIANA

FINALIDAD

La formación humana es un proceso complejo y articulado, siempre abierto y dinámico, que conlleva la clara referencia a un cuadro antropológico.

En este sentido, también la educación en la fe y la formación en un Instituto con un determinado carisma implican una explícita orientación en lo que respecta a la concepción de persona y de vocación.

Además, en este Plan de Formación el Instituto tiene en cuenta, en la visión de la persona, también las nuevas indicaciones de las ciencias humanas.

En una visión antropológica cristiana, se puede decir que cada persona es “misterio”: la vida está abierta a Dios, está hecha para descubrir y dialogar con Dios; pero también se puede afirmar que el misterio está en la vida. El lugar del descubrimiento de Dios y del diálogo con Él es la propia historia personal.

Formar significa entonces entender la vida como misterio, en una doble expresión: tener la mirada dirigida al Señor, permaneciendo ligados a la realidad contingente; buscar más allá y re encontrar adentro; salir de sí y volver a entrar en sí mismo⁷.

En este horizonte se coloca también la vocación a la vida consagrada, entendida como un dinamismo de llamada de parte de Dios Creador, y de respuesta de parte de la criatura: “Cada ser humano, en efecto, es llamado por Dios quien le dio la vida a trascenderse en la libertad del amor”⁸.

⁷ Cfr F. Imoda, Desarrollo humano. Psicología y misterio, Casale Monferrato, 1995, 17-76.

⁸ A. Cencini, Vita consagrada. Itinerario formativo a lo largo del camino de Emaús,

Esta visión de la persona valora de manera particular la dimensión relacional y sostiene la modalidad integral de la formación. En esta perspectiva se ha colocado, hace más de doscientos años, también nuestra Fundadora, Santa Magdalena de Canossa, definiendo la vocación a su Instituto de Caridad como “un gran don de Dios”⁹, donado “gratuitamente por la liberalidad del Señor”¹⁰.

La vocación a la vida consagrada canossiana es por lo tanto, según el pensamiento de la Fundadora, una opción de vida dinámica, en cuanto requiere una relación cada vez más profunda y personal con “Dios, manantial y substancia de santidad”¹¹ que, durante el transcurso de la vida, puede también invitar a la Hija de la Caridad a hacer propia la pasión misionera de Santa Magdalena, de ir “allá donde mayor es la necesidad”¹².

Es por esto que “el compromiso formativo no termina nunca: (...) la formación deberá por lo tanto abarcar la persona entera, de modo que todo comportamiento y toda actitud suya, en los momentos importantes y en las circunstancias ordinarias de la vida manifiesten la plena y gozosa pertenencia a Dios”¹³.

El objetivo al que apunta la Hija de la Caridad es “un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre”¹⁴ a fin de que cada una asuma y se identifique siempre más con el nombre que lleva, Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres, nombre que expresa una pertenencia, significa una misión, reclama una exigencia.

El nombre dice que cada Hermana pertenece al Señor, es su Hija, totalmente y para siempre, Hija de Dios que es Caridad; significa la misión, “siendo nuestra vocación la de asistir a los

Cinisello Balsamo 1994, 44.

⁹ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 23.

¹⁰ Idem, 89.

¹¹ Idem, 24.

¹² Magdalena, Epistolario III/1, 719.

¹³ Juan Pablo II, Vita Consecrata, n. 65.

¹⁴ Idem.

pobres cuanto podamos”¹⁵ y, como Siervas de los Pobres, “le debemos a ellos nuestros cuidados, fatigas, atenciones y nuestros pensamientos”¹⁶.

El nombre reclama una exigencia: despojarse de todo, buscar a Dios sólo, relativizar todo para que sólo su Caridad habite en el corazón de cada una de nosotras.

La Formación apunta por lo tanto a realizar la identidad de Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres, conjugando armónicamente el deber de “transmitir íntegro y perfecto”¹⁷ el espíritu y el carisma del Instituto y la atención para tener en cuenta la singularidad de las nuevas generaciones, para la Gloria de Dios y para el bien de los hermanos y hermanas, especialmente los más pobres.

FUENTES

El Amor del Señor Crucificado, manantial del carisma de Santa Magdalena, es la linfa que dona eficacia y significado a cada proyecto formativo.

La Hija de la Caridad, Sierva de los Pobres, toma la sabiduría de este amor

- ✓ de la Palabra de Dios
- ✓ del Magisterio de la Iglesia
- ✓ del carisma del Instituto
- ✓ de la vida: historia y cultura

¹⁵ Magdalena, Epistolario III/1, 473.

¹⁶ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 23.

¹⁷ Magdalena, Reglas y escritos, 165.

La Palabra de Dios

La Palabra de Dios nos acompaña cada día a través de la liturgia, la lectura, la meditación: alimenta nuestra capacidad de discernir, nos educa para el diálogo espiritual y nos capacita para comunicar el Evangelio a los demás; fundamenta de manera segura nuestro impulso apostólico, ayudándonos a todas nosotras a integrar fe y vida¹⁸.

La Palabra en efecto “es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4,12): nos invita a la constante escucha del corazón de Dios para descubrir su presencia benéfica, siempre y por todas partes, y a dejarnos educar por su Caridad, según el don recibido. Frente a las situaciones que nos interpelan, ella “promueve, en la comunidad, una mentalidad siempre más evangélica y la actitud de discernir en los signos de los tiempos la voluntad de Dios en el hoy”¹⁹, suscita nuevas preguntas, sugiere nuevas reflexiones y abre nuevas respuestas.

Es justamente de la escucha de la Palabra de Dios, especialmente en la Celebración Eucarística, lugar carismático y ambiente espiritual de Santa Magdalena, donde nace el llamado a vivir la comunión y la misión y, en una constante relación con la Palabra de Dios en la oración, la fe llega a ser adulta y capaz de iluminar a los demás.

La Palabra de Dios, además, nos invita constantemente y con creatividad, a practicar la no violencia y a llegar a ser constructores de paz. Como discípulas del Evangelio, nos dejamos educar para vivir y sostener la justicia en cada ocasión, ponién-

¹⁸ Cfr XIV Capítulo General, Resoluciones Capitulares, 2002, 10.

¹⁹ XIII Capítulo General, Resoluciones Capitulares, 1996, 38.

donos en actitud crítica y de análisis frente a cada abuso y a cada lesión de los derechos humanos, de las nuevas formas de pobreza en la sociedad de hoy.

Miremos a Santa Josefina Bakhita, mujer evangélica, como modelo de perdón y de reconciliación²⁰.

“Estamos llamadas a contemplar la presencia de Dios en la creación, en las personas y en los acontecimientos y a discernir la intervención de lo divino en el mundo y en el cosmos que nos rodea, mirando con los ojos del Padre y juzgando con el corazón de Cristo para poder actuar según los valores inspirados por el Espíritu”²¹.

El Magisterio de la Iglesia

Nuestro carisma es un don particular de Dios confiado al Instituto para la vida de la Iglesia y madurado en su interior. Solamente en el seno de la Iglesia, universal y local, puede encontrar guía, alimento, sostén y el cuidado necesario para poder crecer en fidelidad dinámica al Evangelio y a su especificidad. Cada una de nosotras, como miembro vivo de una Iglesia encarnada, aprende, cada día, a conocer sus expectativas más profundas y a responder, ofreciendo su don, según el ejemplo de Santa Magdalena, nuestra Fundadora y Madre²².

El Magisterio del Papa y de los Obispos es para nosotras una guía segura en la orientación de nuestra formación; de la misma manera los documentos editados por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y las Conferencias Nacionales e Internacionales de los Religiosos son para nosotras expresión de la atención ordinaria y solícita que la Iglesia tiene para con la vida consagrada.

²⁰ Cfr Instituto Hijas de la Caridad Canossianas, Justicia, paz e integridad de la creación. Líneas Portantes Canossianas. 2004, 64.

²¹ Idem, 63.

²² Cfr IX Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, La vida consagrada y su misión en la iglesia y en el mundo, Instrumentum Laboris, 1994, n.14.

El carisma del Instituto

El carisma de las Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres es el don que el Espíritu, a través de Santa Magdalena de Canossa, ha entregado a la Iglesia. Encuentra su manantial inspirador en Jesús Crucificado que en la cruz revela el rostro del Padre y la medida del amor “sin medida”. Es Él, el gran Modelo, que motiva el don de sí de cada Hija de la Caridad, en el ejercicio del doble mandamiento del amor hacia Dios y hacia el prójimo, en una vida de consagración, de comunión y de humilde servicio, en el espíritu amabilísimo, generosísimo, pacientísimo. Hacer conocer y amar a Jesús es el anhelo que sostiene su dedicación en los diversos ministerios.

El Instituto Canossiano custodia y promueve la vitalidad del carisma fundacional en cada una de nosotras.

El carisma de la Caridad, para ser vivido ha pedido a las Hermanas que nos han precedido, y continúa pidiéndonos a nosotras hoy, un conjunto de actitudes y de condiciones que expresan y realizan el cuidado, el crecimiento y la expansión hasta “llegar a cualquier país aún el más lejano”²³.

Los lugares donde el carisma es custodiado y cultivado son esencialmente dos: la comunidad cristiana y la comunidad fraterna canossiana.

La comunidad canossiana vive en el interior de la Iglesia, en una relación de fecundidad y de reciprocidad. Cuidar el carisma significa estar atentas a las condiciones que realizan este intercambio vital²⁴.

Además, a través del estudio de las fuentes carismáticas, de la tradición y a través de directivas claras, el carisma alimenta la Formación, Primera y Permanente, de cada Hija de la Caridad, promoviendo en ella la conciencia y el desarrollo del don recibido y su encarnación en la vida cotidiana.

²³ Magdalena, Epistolario II/1, 266.

²⁴ Cfr Instituto Hijas de la Caridad Canossianas. El Carisma Canossiano. Un acercamiento formativo, 2002, 36.

La Regla de Vida, que tiene en la Regla Extensa su primera fuente, es el instrumento privilegiado de nuestra formación carismática. Fiel a los orígenes, fruto de un discernimiento colegiado del Instituto y aprobada por la Iglesia, nos ofrece modalidades específicas para vivir el Evangelio de manera comprensible para las personas de hoy, a fin de que el carisma llegue a ser don para todos y signo de esperanza.

La vida: historia y cultura

Dios, Padre de la humanidad, que Jesús nos ha revelado, es también el Señor de la historia. A través de cada acontecimiento Él nos conduce por los senderos de la redención para unirnos a Él para siempre.

Nuestra historia personal está profundamente inscripta en nuestro ser humano: reconocerla, saberla leer y hacer “memoria” de ella, implica no sólo recordar los acontecimientos pasados, sino también y sobre todo escrutar su sentido de manera sapiencial y captar desde dentro el paso de Dios.

De esta manera la historia personal, y también la socio-cultural, llega a ser para nosotras maestra de vida, creando un sentido de responsabilidad frente a la actitud que asumimos hoy hacia nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

También Santa Magdalena, movida por el Espíritu, ha narrado en las Memorias la historia de su vida y de su llamada. Yendo más allá de los acontecimientos históricos y cotidianos, ella ha sabido captar su camino vocacional, hasta descubrir la revelación del Amor de Cristo Crucificado, Siervo y Señor, manantial y modelo de nuestro carisma.

A través de la fidelidad valiente y humilde de nuestras primeras Hermanas, que han dado continuidad a su impulso misionero, nuestro carisma se inserta en esta historia, y nos pide que lo hagamos más vivo y actual.

Hoy estamos llamadas a vivir el carisma, abiertas a la interna-

cionalidad, a la interculturalidad y a la misionariedad, buscando en la cultura de los pueblos el sello del Eterno, escondido bajo incrustaciones a veces difíciles de descifrar.

Reconocemos que cada pueblo en su patrimonio cultural tiene un don para ofrecer a la humanidad, mientras, al mismo tiempo, advertimos tanto el peligro del relativismo, como la necesidad profunda de redención, a la cual se puede llegar a través del don de los otros²⁵.

²⁵ Cfr Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólicas, Directivas sobre la formación en los Institutos Religiosos, 1990, n. 90-91.

PROTAGONISTAS DE LA FORMACIÓN

Dios Sólo, con la acción del Espíritu Santo, es el agente primero de nuestra formación. Motivo recurrente en Santa Magdalena, recuerda no sólo el inicio del Instituto y la historia interior de la Fundadora, sino también el camino espiritual al que está llamada cada una de nosotras.

Tratando del voto de pobreza en la Regla Extensa, Santa Magdalena escribe: "(...) en este Instituto, aquellas que la practicarán con mayor perfección, estableciéndose en Dios sólo, no pretendiendo otra cosa, no amando más que a Él, no queriendo y no buscando en sí mismas, en las internas ocupaciones y en los ministerios de caridad más que a Dios sólo, no pretendiendo más que su Gloria, serán las hermanas más felices"²⁶.

Santa Magdalena invita, por lo tanto, a cada hija a dejarse formar ante todo por aquel Dios que quiere ser el 'único', como ella misma escribe en las Memorias; "Recordando (...) cómo me convenía permanecer despojada de todo y apoyada en Él sólo, pero sólo, sólo, tanto con respecto al afecto y al deseo de agradar, como al obrar"²⁷.

Cristo Crucificado es para cada Hermana centro de la identidad y fuente de la espiritualidad. Él es el lugar teológico del carisma: es allí donde Santa Magdalena se ha dejado constantemente medir por la Caridad, aprendida e interpretada a la luz de la Cruz de Jesús. Particularmente impresionada por el "inspice et fac secundum Exemplar"²⁸, ha aprendido a mirar profundamente el misterio del Hombre de la Cruz y de él ha sacado una energía incansable para el obrar.

De la misma manera, nosotras estamos invitadas a mirar al Crucificado como el camino que guía al cumplimiento del doble

²⁶ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 55.

²⁷ Magdalena de Canossa, Memorias. Una contemplativa en la acción (por E. Polionara), La Plata, 1988, 134

²⁸ Idem, 33.

mandamiento del amor. La contemplación de sus virtudes – la obediencia, la humildad y la pobreza – llama a cada una al amor hacia Dios y hacia al prójimo, en particular hacia los más pobres. Consiguientemente estamos llamadas a asumir este mismo amor, como centro de nuestra vida, y a uniformar con él las opciones, los ideales y el significado de nuestra existencia.

La Virgen Dolorosa, “constituida Madre de la Caridad al pie de la Cruz²⁹, es reconocida por Santa Magdalena como el modelo en donde el amor del Señor Crucificado ha encontrado plena acogida. Para nosotras llegar a ser Hijas de la Caridad significa entonces ser testigos transparentes de un amor que no pone ninguna condición, como así ha sido para María.

Además, para nosotras la Virgen Dolorosa es ejemplo de fe y de contemplación, ya que, al pie de la Cruz, ha sabido captar el amor generosísimo del Padre y “a las palabras de su Divino Hijo moribundo, nos ha acogido a todos aunque somos pecadores en su corazón”³⁰, llegando a ser así ‘discípula’ en el seguimiento de Cristo Crucificado, ‘madre’ de la humanidad y ‘corredentora’ de la obra redentora del Hijo en su lucha contra el mal.

Cada Hermana es directamente responsable de su fidelidad al carisma recibido y de su formación. Nadie puede sustituirla en este ejercicio de libertad.

Todas, llamadas continuamente a asumir la responsabilidad personal de nuestro camino de integración, cuidamos incesantemente nuestra interioridad para comprender y responder a las exigencias de la vocación canossiana³¹.

En este proceso es necesario que tanto cada Hija de la Caridad, como **cada joven**, tenga el corazón abierto al Espíritu del Señor y a sus mediaciones, que la acompañan en el momento específico formativo que está viviendo³².

²⁹ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 25.

³⁰ Idem.

³¹ Cfr XIV Capítulo, Resoluciones, 6.

³² Cfr Congregación, Directivas, n. 29.

MEDIACIONES DE FORMACIÓN

El Instituto entero, como comunidad de fe depositaria de un don particular de Dios para el bien de toda la Iglesia, es responsable del crecimiento armónico e integral de cada Hermana que lo compone, como así también de las personas que desean formar parte de él.

Cada persona cuida la fidelidad dinámica a la llamada canosiana, respondiendo generosamente a los pedidos y a las exigencias de la vida de consagración, comunitaria y apostólica, en cada etapa de la Formación, Primera y Permanente.

Las relaciones de confianza y de colaboración que el Instituto sabe promover, los criterios de sus opciones, la intensidad de vida en el Espíritu que comparte, cooperan para la formación de sus miembros.

Aceptamos con fe las mediaciones propias de cada etapa del camino formativo.

La responsabilidad formativa en el Instituto se lleva a cabo en diferentes niveles.

La Superiora General y las Superiores Provinciales son las primeras responsables de la Formación.

La Superiora General tiene la responsabilidad de definir las líneas formativas a nivel general, indicadas por las Resoluciones Capitulares, para el camino anual del Instituto. Tiene además el deber de conservar unido el Instituto alrededor del único carisma, manteniendo la atención para el cambio necesario, entendido como esfuerzo común para permitir caminar en la unidad, aún a través de caminos diferentes y llegando a resultados específicos, según los contextos culturales³³.

En las visitas a las comunidades y a las Provincias, verifica el

³³ Cfr XV Capítulo, Resoluciones, 22.

desarrollo y la realización de las líneas formativas indicadas por las Resoluciones Capitulares y por el Plan de Formación.

La Superiora Provincial tiene el deber de individualizar, elegir y preparar con cuidado a las formadoras que acompañan a las personas en Primera Formación sosteniéndolas en la vida evangélica y carismática.

La misma Superiora Provincial nombra y confía la coordinación de las actividades formativas a la **Hermana** coordinadora de un Equipo Formativo Provincial

El Equipo Formativo Provincial está constituido por las formadoras encargadas de las diversas etapas. Los miembros del Equipo, coordinados por la Hermana nombrada por la Superiora Provincial, son involucrados, de manera particular, en el proyecto formativo y ponen todos sus talentos y competencias a su servicio. Su implicación es requerida también en los procesos de discernimiento y de evaluación. Para vivir eficazmente su propio deber, las Hermanas del Equipo Formador se encuentran sistemáticamente para reflexionar sobre las problemáticas de la Formación, para profundizar su propio mandato, para proyectar y verificar, a la luz del carisma, intervenciones formativas inculturadas, asegurando así la continuidad formativa.

La Comunidad Canossiana es el ambiente privilegiado para la formación integral, en cada etapa de la vida – “lugar de curación y de crecimiento en la caridad”³⁴ - para quien está llamada a vivir según el carisma propio del Instituto.

Está constituida por Hermanas que saben ante todo que están juntas no por afinidad o por opción, sino porque el Señor las une con una común consagración y misión en la Iglesia. Todas las Hermanas están llamadas a profundizar siempre las motivaciones de su opción, los compromisos asumidos en donde fe, carisma, vida espiritual, comunitaria y apostólica, se integran

³⁴ XIV Capítulo, Resoluciones, 10.

armónicamente. Sólo este camino garantiza la construcción de comunidades como lugares de fe, de fraternidad y de apertura a la misión, caracterizadas por relaciones libres y liberadoras.

- *Las Comunidades formativas Canossianas* reciben del Instituto el mandato de acompañar a jóvenes o Hermanas durante un particular trecho de su camino formativo. Las comunidades, con este especial mandato, resultan ser verdaderamente formativas en la medida en la que en ellas se respira el carisma y un clima rico en sólida y profunda espiritualidad, en fraternidad auténticamente evangélica, en viva pasión apostólica y misionera.

Las Hermanas que las componen, abiertas a las nuevas generaciones culturalmente diferentes, en la complementariedad, respetuosas de las competencias y roles, - son corresponsables del crecimiento de la persona en formación y contribuyen tendiendo cotidianamente a ser verdaderos testigos del Evangelio y del carisma.

En el interior de cada comunidad formativa es posible prever un restringido Equipo de Hermanas que colabore estrechamente con la responsable de la etapa.

La presencia de Hermanas con experiencias misioneras promueve la formación a la mundialidad, a la universalidad, a la interculturalidad, a la internacionalidad y favorece, con su testimonio, el florecer de posibles vocaciones para la misión “ad gentes”.

- *El estilo de vida* de las Comunidades formativas conjuga sobriedad y acogida, oración y ministerialidad adecuada a las exigencias del territorio; favorece en todas la interioridad, pero también la acogida de lo diferente, el espíritu de familia, la sana confrontación con el exte-

rior, atendiendo siempre a una sintonía coherente entre carisma y experiencia cotidiana.

Está caracterizado por un clima de alegría, fundado en la certeza de la fidelidad del Señor y en una intensa vida fraterna, basada en la verdad y en la caridad evangélica. Llamadas en particular por nuestro carisma específico a expresar en nuestras comunidades de la manera más perfecta posible el don de la comunión, reconocemos que la verdadera unión de corazones se realiza por medio del “amor recíproco de todos los miembros de la comunidad, un amor alimentado por la Palabra y por la Eucaristía, purificado en el sacramento de la Reconciliación y sostenido por la súplica de la unidad”³⁵.

Se caracteriza por un estilo de comunicación y de diálogo, de compartir, de participar, de corresponsabilidad y de discernimiento.

Las Hermanas Formadoras, en comunión con la Superiora Provincial, asumen la responsabilidad de acompañar a las jóvenes o a las Hermanas en formación en su crecimiento integral, según el momento específico de su camino.

Las Formadoras adecuadamente preparadas tienen el delicado deber de hacerse compañeras de camino de las jóvenes y de las Hermanas a ellas confiadas, a través de una relación interpersonal profunda y significativa, discreta y gradual. La ayudan, con la competencia adquirida, a integrar la fe en la cotidianidad, a releer y a dar significado a los hechos ordinarios y extraordinarios de la vida de cada día, a discernir la Voluntad de Dios para con ellas y a vivirla con coherencia y responsabilidad.

Son ellas también Hermanas en camino hacia una sólida identidad humana, cristiana y carismática, con un vivo sentido de per-

³⁵ Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, n. 42

tenencia al Instituto, un auténtico amor al carisma canossiano y una viva pasión apostólica y misionera.

Las Formadoras son responsables de los procesos formativos personalizados, de la realización creativa de los proyectos programados con el Equipo Formativo y aprobados por la Superiora Provincial, garantizando continuidad e intervenciones eficaces en los diferentes niveles formativos. Forma también parte de su mandato asegurar que las Hermanas reciban todas las ayudas humanas, culturales y espirituales que necesiten.

Sobre todo se comprometen a imitar el Amor más grande que cada Hermana está llamada a encarnar en la vida de cada día. En el desarrollo de los programas formativos se recomienda la colaboración con los laicos.

NÚCLEOS DE FONDO

La Formación Canossiana, Primera y Permanente, radica en algunos núcleos que constituyen la esencia de nuestra identidad carismática y que deben tenerse en cuenta en cada proceso formativo, para toda la vida, aún en el respeto de la tipología de las diversas etapas. Ellos definen los lineamientos que caracterizan la fisonomía de aquel rostro que el Padre ha creado y continúa creando en cada Hija de la Caridad, el misterio de su identidad “escondida con Cristo en Dios” (Col. 3,3)³⁶.

Ellos son:

- Experiencia mística
- Camino ascético
- Misión
- Sentido de identidad y de pertenencia

Experiencia mística

El momento místico es la experiencia de lo divino concretamente realizada por la Fundadora, en el que ella ha leído su propia identidad y misión.

Es también el punto de partida y de referencia constante de cada camino formativo a lo largo de la vida. Cada Hija de la Caridad está en efecto llamada a revivir la experiencia mística que está en el origen del Instituto, asumiéndola gracias al don del Espíritu, según la peculiaridad del propio yo y dejando que ella revele los rasgos de la propia identidad.

³⁶ Cfr A. Cencini, Los sentimientos del hijo. El camino formativo en la vida consagrada, Bolonia 2001, 138.

La vitalidad de nuestra Familia Religiosa depende de la presencia de Hermanas que aún hoy continúan esta experiencia a lo largo de su vida.

En el comienzo del camino espiritual de Santa Magdalena hay algunas **“intuiciones carismáticas”** que evidencian cómo Dios se ha revelado a la joven marquesa y cómo ha pronunciado su nombre. Así Santa Magdalena comenzó a descubrir gradualmente “su yo dentro de esta relación con Dios, dejando que el misterio orado llegase a ser fuente de su identidad”³⁷. La experiencia mística revela a cada Hija de la Caridad el rostro de **‘Dios sólo’** en la contemplación del Hijo, para que atraída y transformada por el Amor Crucificado, asuma y traduzca en la propia vida el **“Inspice et fac secundum Exemplar”** (Ex. 25,40) que había atraído a Santa Magdalena en el seguimiento de Cristo.

Dios forma a cada Hermana en esta experiencia mística a través de **“la oración mental del corazón”**³⁸, una oración que involucra inteligencia, afectos y deseos de cada una y que atañe a toda su vida. Para crecer en este aspecto Santa Magdalena recuerda que es indispensable educarnos en el silencio, no sólo de palabras, sino también de cada atadura, afecto o proyecto que nos aleje de Dios: en efecto “(...) en primer lugar para conservar en el corazón el santo amor de Dios es casi indispensable el espíritu de oración, que sin recogimiento ciertamente no se sostiene, y el uno y el otro tienen la necesidad de ser alimentados por el silencio (...) ya que el verdadero espíritu de una Hija de la Caridad debería ser en casa el de un anacoreta y afuera el de un apóstol”³⁹.

Es desde la contemplación de la **Eucaristía** que Santa Magdalena es llevada frecuentemente al misterio de la Cruz. Ella

³⁷ Idem, 141.

³⁸ Magdalena de Canossa, Reglas del Instituto de las Hijas de la Caridad. Texto extenso. Manuscrito milanés, La Plata, 1987, 17.

³⁹ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 107-108.

reconoce, en el don del pan y del vino, el ofrecimiento sacramental de la vida misma de Jesús, y confiesa haber sido objeto, en primera persona, de la “gran Caridad con la que el Señor la condujo a la experiencia de la Santa Comunión frecuente”⁴⁰. La Eucaristía constituye en efecto el ‘lugar’ privilegiado de sus experiencias místicas y la realidad unificadora de toda su vida, que puede ser sintetizada en el binomio ‘Eucaristía-Cruz’. También para cada una de nosotras la Eucaristía llega a ser ‘fuente y culmen’ de nuestra espiritualidad, centro de la vida litúrgica de cada comunidad, corazón del amor oblativo con el que cada Hija de la Caridad vive el don de sí a Dios y a los demás.

Camino ascético

En el momento ascético la revelación carismática se concretiza a través de lo vivido. Es la consecuencia inevitable de la experiencia mística.

La intensa contemplación del misterio de Dios determina en Santa Magdalena “la exigencia de conformarse al mismo, dejándose plasmar activamente en los gestos y en las palabras, en los pensamientos y en los deseos”⁴¹. El gran ideal místico del Amor Crucificado nos atrae a cada una de nosotras y determina la vocación.

Las virtudes, “de las cuales este gran Modelo quiso darnos un particular ejemplo en la cruz”⁴², son interpretadas por Santa Magdalena como expresiones de Caridad; por lo cual cada una de nosotras, conformándose al espíritu de Cristo Crucificado en los sentimientos, en las motivaciones y en las actitudes, está lla-

⁴⁰ T. Piccari, Dios sólo y Cristo Crucificado. Magdalena de Canossa, Milán 1965, 358.

⁴¹ Cencini, Los sentimientos, 142.

⁴² Magdalena, Reglas y Escritos, I, 25.

mada a expresar en la vida cotidiana tres virtudes en particular: la obediencia, para dejarse involucrar cada vez más totalmente – corazón, mente y voluntad – por el ofrecimiento de sí que Jesús mismo ha cumplido en la Cruz; la humildad para reconocer el propio ser criatura y llegar a ser capaces de compartir y ser solidarias; la pobreza, para transformar la lógica del poseer en lógica del don y aprender a vivir juntas como Hermanas.

Santa Magdalena ha indicado a sus Hijas **el camino de la consagración**, como medio privilegiado “para quitar a las Hermanas, llamadas a esta santa vocación, todos los obstáculos que puedan impedirles unirse perfectamente a Dios”⁴³.

Desde el punto de vista carismático, los votos custodian el camino de identificación con Cristo (obediente, humilde, pobre), guiado por el Espíritu. “Si son vividos por Cristo, son un proceso de transformación pascual, ocasiones privilegiadas para crecer en la libertad y en la alegría a través de la conversión en las tres exigencias esenciales de la persona: el deseo de poder, la necesidad de poseer, la afectividad”⁴⁴. Son un modo de ser humanos como Jesús, Hijo y Siervo, de estar a disposición en la Iglesia y en el mundo para promover los valores del Reino, para dar lugar a los que están alejados, llegando a ser un signo profético y radical.

El camino de la **obediencia** pone nuestra vida en las manos de Dios, para que Él “la realice según su designio y haga de ella una obra maestra”⁴⁵.

Santa Magdalena nos indica a cada una de nosotras la imitación de Jesucristo, quien se hizo “obediente hasta la muerte y

⁴³ Idem , 52.

⁴⁴ XV Capítulo, Resoluciones, 11.

⁴⁵ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, Caminar desde Cristo, 2002, n. 22.

muerte de cruz” (Fil. 2,8), y nos invita a utilizar la libertad en coherencia con la fe en el Evangelio, elegido como norma de vida, y en actitud de responsabilidad para realizar el designio de Dios, con “el ofrecimiento de la propia voluntad”⁴⁶ con la ayuda de la Regla de Vida y de las mediaciones.

El voto de **pobreza** nos hace libres de nosotras mismas, de la esclavitud de las cosas y de las necesidades artificiales y nos hace redescubrir a Cristo, quien “ fue despojado de todo en la Cruz, excepto de su amor”⁴⁷.

Para vivir pobres Santa Magdalena nos exhorta en efecto a “fijar un instante la mirada en Él para ver que en la Cruz le faltaron, diríamos no sólo las cosas superfluas, sino también todas las absolutamente necesarias”⁴⁸.

De esta manera estamos llamadas a compartir lo que tenemos, a desapegar nuestra vida de la búsqueda de las riquezas, para identificarnos con Cristo Crucificado quien se hace Siervo, eligiendo “una posición de significativa marginalidad en la historia”⁴⁹.

La **castidad** dilata nuestro corazón a la medida del corazón de Cristo y nos hace capaces de amar como Él ha amado⁵⁰. Ésta conlleva un camino de madurez en el amor que nos hace libres en el corazón, capaces de comportamientos coherentes con la opción de la virginidad y de nuevas relaciones con la propia familia.

Como Cristo Crucificado, las Hijas de la Caridad están llamadas a “un total desapego interno y externo de todo lo que no es Dios”⁵¹.

Misión

Del camino de soledad y de intimidad exclusiva con Dios sólo, que culmina en la contemplación de Cristo Crucificado, brota en Santa

⁴⁶ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 57.

⁴⁷ Idem, 34.

⁴⁸ Idem, 54.

⁴⁹ XV Capítulo, Resoluciones, 10.

⁵⁰ Cfr Congregación, Recomenzar, n. 22

⁵¹ Magdalena, Reglas y Escritos, 53.

Magdalena una fuerte pasión apostólica y misionera, que la Fundadora misma así describe: “(...) hubiera deseado convertirme en polvo, si de esta manera hubiera podido repartirme por todo el mundo, para que Dios fuese conocido y amado”⁵².

Todo su camino espiritual la lleva a “recorrer el camino del amor”⁵³ y a tener un corazón grande, “a imitación de aquel gran Corazón que en el Calvario ofreció por las almas la vida de su propio Hijo”⁵⁴.

Así Juan Pablo II nos ha indicado a cada una de nosotras la medida del don del ministerio apostólico: “Considerando la vida de Magdalena de Canossa se diría que la Caridad la había devorado como una fiebre: la **Caridad hacia Dios**, llevada hacia las cimas más altas de la experiencia mística; la **Caridad hacia el prójimo**, llevada hasta las últimas consecuencias del don de sí a los demás”⁵⁵. Es este mismo ideal que nos impulsa también a nosotras, hoy, a emprender el camino para llegar a ser cada vez más ‘Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres’.

Expresiones del carisma son las **cinco ‘ramas’ o ministerios de Caridad: educación**, como prevención del mal, rescate de la pobreza y promoción de la persona; **evangelización**, como revelación y meta de la dignidad de cada uno; **pastoral de la salud**, como testimonio y anuncio que Cristo no abandona en la fragilidad; **la formación de los Laicos** para el apostolado y **los ejercicios espirituales**, “cumplimiento” de los ministerios de caridad, ocasión de particular encuentro con Dios, ofrecidos a diferentes categorías de personas.

La ministerialidad de la Caridad, así como ha sido intuida por Santa Magdalena, contiene la apertura misionera al mundo entero, hacia cada lugar donde el Señor no es amado y donde el hombre no es objeto de amor⁵⁶.

⁵² Magdalena, Memorias, 100.

⁵³ Idem, 205.

⁵⁴ Magdalena, Epistolario II/2, 1155.

⁵⁵ Juan Pablo II, Solemne Canonización de Magdalena de Canossa, 2.10.1988.

⁵⁶ Cfr Instituto, El Carisma, 31-32.

Sentido de identidad y de pertenencia

A la joven primero, y luego a la consagrada, se propone el carisma en su verdad y función. El carisma es la propia identidad, el nombre que nos revela quien es cada uno de nosotros y quien está llamado a ser en la óptica de Dios. Es la condición para ser uno mismo y ser felices, más allá de las cualidades y de las competencias personales⁵⁷.

El sentido de identidad es la conciencia de haber adquirido un nombre nuevo que nos transforma en las profundidades de nuestro ser. El sentido de pertenencia nace y crece por sentirse parte de una Familia con la cual se comparte el carisma, la espiritualidad, la fraternidad y la misión.

Existe una responsabilidad individual, de parte de cada Hermana, de pasar del sentido de identidad al sentido de pertenencia (del yo al nosotras), a través de un compromiso constante y fiel a la experiencia mística, al camino ascético y a la misión apostólica.

De la misma manera la institución y la comunidad están llamadas a favorecer el pasaje del sentido de identidad de cada hermana al sentido de pertenencia.

La Comunidad Canossiana, como lugar de realización de sí, favorece la comunión de los ideales y su realización; al mismo tiempo hace crecer en el sentido de pertenencia que nos confirma en los valores, desarrolla nuestros dones personales y nos dona la alegría de sentirnos realizadas.

El sentido de pertenencia se alimenta por el continuo experimentar comunitariamente los elementos constitutivos de nuestro carisma que sostienen al mismo tiempo el sentido de identidad de cada Hija de la Caridad. Todas nosotras, de manera constante y cotidiana, somos engendradas y reengendradas por el perdón recíproco y por la reconciliación, reconociéndonos continuamente alcanzadas por la misericordia de Dios, en

⁵⁷ Cfr Cencini, Los sentimientos, 140. 145-147.

el amor del Señor Crucificado. De este modo el ser Hermanas dentro de la comunidad es la primera realización del doble Mandamiento del Amor, contemplado en el Señor Crucificado⁵⁸.

CRITERIOS GUÍA PARA LA FORMACIÓN CANOSSIANA

La formación es el encuentro entre la acción formativa del Padre y la progresiva disponibilidad de cada una de nosotras para dejarnos plasmar por el amor de Dios.

En efecto “cada Hermana está continuamente llamada a asumir la responsabilidad personal de su propio camino de integración, consciente que la plena realización de la vida está en perderla, en el espíritu del Evangelio y del carisma. Cada una de nosotras está por lo tanto invitada a cuidar su propia vocación y crecimiento espiritual”⁵⁹.

Este proceso, dinámico y gradual, se desarrolla a lo largo de la vida, hasta la muerte, y es la acción de Dios en cada una la que garantiza continuidad y unidad a nuestra formación.

Esto requiere un serio y constante proyecto, según etapas y plazos que abrazan todo el arco de la vida, a partir de la conciencia de la necesidad de una Formación Permanente, ya desde el primer acercamiento a la vida consagrada y al ideal de vida canossiano. Todos los aspectos y las dimensiones de nuestra vida están involucrados en la experiencia formativa, si bien con modalidades y finalidades diferentes, según las diversas etapas de la vida. Justamente por eso es bueno considerar algunos criterios-guía válidos en cada una de las fases, para tenerlos presentes en cada intervención formativa.

⁵⁸ Cfr Instituto, El Carisma, 30.

⁵⁹ XIV Capítulo, Resoluciones, 9.

⁵⁹ XIV Capítulo, Resoluciones, 9.

La formación debe considerar ante todo la **gradualidad**, de modo que la experiencia propuesta sea un camino proporcionado a la persona y a la etapa que está viviendo y cada una pueda ser estimulada en la vida y en las opciones, sin descorazonarse por objetivos demasiado lejanos a sus propias posibilidades.

Es necesario que la formación siga también el principio de la **integralidad**: las propuestas y el camino de crecimiento deben considerar todos los componentes de la persona: estamos en efecto interpeladas a crecer y a conectar todas nuestras energías y facultades – corazón, mente, voluntad – alrededor de un único núcleo vital que nos fortalece, nos sostiene y nos provoca: Cristo Crucificado.

Cada una está involucrada en un camino de formación **continuo y totalizante**, en el sentido que todas las dimensiones de nuestra persona deben estar orientadas y movidas por los valores de la vocación canossiana, de manera armónica y dinámica.

Por eso es fundamental que en el camino formativo, en cada etapa, se considere el crecimiento desde diferentes puntos de vista, pensados en una relación de interacción y de influencia recíproca: humano y afectivo, espiritual, carismático, comunitario, apostólico.

La formación humana indica hasta qué profundidad de nuestro mundo interior humano debe llegar el proceso de conformación con Cristo Crucificado. Ella en efecto involucra el precioso potencial de energía que cada una posee y que debe ser recuperado en su complejidad. Nos permite estar en camino hacia la madurez humana, objetivo que nos requiere unificar todas las energías afectivas alrededor de la experiencia del amor de Dios.

La formación espiritual se inserta en el dinamismo de la fe y parte del hecho de que somos capaces de trascendernos hasta abrírnos a Dios, sentirnos amadas por Él y amarlo. El proce-

so de crecimiento llega a ser de esta manera para nosotras un proceso de transformación, radical y concreto, que no se contenta con moldear los comportamientos, sino que llega al corazón, hasta que logremos asumir los mismos sentimientos de Cristo y los mismos deseos de Dios.

La formación carismática pone en evidencia el don hecho a Santa Magdalena y transmitido a nosotras, don absolutamente original, evidenciando cómo en el encuentro con el carisma, nuestra humanidad y nuestra fe encuentran su plenitud y su máxima expresión.

La formación comunitaria nos recuerda que el carisma debe ser vivido juntas y compartido dentro de la fraternidad. La formación manifiesta su vitalidad cotidiana en la comunidad y ayuda a sostener las dificultades del servicio apostólico en la medida en que, para cada una, el amor del Señor es manantial y regla de vida⁶⁰. Es por lo tanto indispensable que la comunidad sea formativa y nos ayude a poner en el centro de nuestra vida el amor generosísimo de Cristo Siervo.

La formación apostólica se realiza primeramente dentro de la comunidad: “es en la comunidad donde salvaguardamos y reforzamos nuestra identidad y en ella ponemos en marcha procesos de discernimiento para la misión”⁶¹.

Es en este ámbito que se puede dar el discernimiento para la vocación “ad gentes”, ulterior llamado a expandir el don de la Caridad hasta los confines de la tierra.

Estamos además llamadas a madurar un estilo interministerial, también a través del Proyecto Apostólico Comunitario, y a crecer en la capacidad de escucha y de lectura crítica de la realidad, para hacer siempre opciones más carismáticas e in-

⁶⁰ Cfr Instituto, El Carisma, 30.

⁶¹ XIV Capítulo, Resoluciones, 13.

culturadas en favor de los pobres.

Esto requiere una específica preparación profesional.

Es importante además que cada una considere la formación como **un camino gradual y guiado**, no sólo por la gracia del Espíritu, sino también por la confrontación equilibrada y responsable con sus mediaciones humanas, en particular con las Hermanas encargadas de la formación y/o responsables de las comunidades.

Cada etapa puede representar una **prueba**: es en efecto la realidad de cada una de nosotras que es un misterio y no se comprende a si misma plenamente.

La formación es tiempo de prueba; de hecho es posible y se cumple a través de las dificultades, como instrumento precioso de crecimiento. La prueba puede ayudar a crecer en la propia identidad, en el sentido de pertenencia al propio Instituto y en la identificación con Cristo Crucificado, quien ha compartido también con la humanidad la experiencia de la tentación y de la Cruz. La formación debe entrenar a cada Hermana para la prueba y enseñarle a aprender de ella.

PARTE SEGUNDA

LAS ETAPAS DEL CAMINO DE LA FORMACIÓN CANOSSIANA: desde los primeros pasos hasta la entrega final de sí

Hemos sólo mencionado, al comienzo del documento, cómo el compromiso de renovación que el Instituto va persiguiendo comporta necesariamente también un replanteo global de la Formación, no sólo para enfrentar los desafíos del complejo período histórico que estamos viviendo, sino porque estamos convencidas que “la renovación de los Institutos religiosos depende principalmente de la formación de sus miembros”⁶². Repensar la Formación es por lo tanto un ‘asunto’ prioritario, en orden a la vida y a la continuidad de nuestro Instituto.

Se trata ante todo de ir más allá de la concepción superada de la Formación identificada sólo con la Formación inicial. Antes se daba a la misma el deber de preparar a la Hermana de manera completa a la opción definitiva y de ayudarla a alcanzar aquella madurez y aquellos requisitos necesarios para responder en el transcurso de la existencia a las exigencias de la consagración, de la vida comunitaria y apostólica, como si el tiempo del crecimiento coincidiera sólo con el período inicial, mientras el resto de la vida fuese tiempo de mantenimiento y de conservación de cuanto fue adquirido inicialmente.

El tiempo del crecimiento no se puede reducir al período inicial porque la vida consagrada, ya que es ‘vida’, es camino, evolución y progreso continuo. El crecimiento abarca todo el arco de la vida, porque es sólo en el transcurrir del tiempo y de las etapas

⁶² Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Potissimum Institutioni*, 1990, n. 1.

evolutivas que la Hija de la Caridad puede lograr alcanzar el ideal al cual tiende, o sea la conformación con Cristo Crucificado.

La Formación es en sí permanente y, “y sólo desde esta aceptación naturalmente amplia, será luego posible subdividir los tiempos de la formación misma en períodos correspondientes a las etapas existenciales, cada uno con sus características de diferentes géneros y su incisividad más o menos marcadas”⁶³. Paradojalmente podemos decir que la Formación Permanente no es la que viene ‘después’ de la Formación inicial, sino la que la precede y la hace posible como idea-madre; es la que la engendra, la custodia y le da identidad⁶⁴.

La realización de un proyecto de Formación Permanente, en efecto, acogido responsablemente por cada Hija de la Caridad, permite a nuestras realidades comunitarias desarrollarse y ser conocidas como lugares vitales, animadas por el amor generosísimo por Dios y por el prójimo, y de las cuales transparente la fascinación de la belleza de una vida totalmente consagrada a Dios. Esta realización hace que las nuevas generaciones puedan encontrar el contexto vital en el que el conocimiento del carisma es confirmado por la experiencia vivida, y la identidad carismática, a la cual tienden, es testimoniada por el ejemplo y la cercanía de personas de diferentes edades, en camino hacia la plena identificación con el ‘nombre nuevo’. Todas las Hijas de la Caridad se hacen así responsables de la custodia del carisma recibido, enriquecido también por su encarnación personal, para transmitirlo ‘íntegro y perfecto’ a las Hermanas más jóvenes.

El futuro de nuestro Instituto se juega aquí, en la renovada vivacidad de nuestros contextos comunitarios, puesto en marcha

⁶³ A. Cencini, Formación Permanente. ¿Creemos en ella realmente?, Boloña 2011, 31.

⁶⁴ Cfr A. Cencini, La respiración de la vida. La gracia de la formación permanente, Cinisello Balsamo, 2002, 25.

por una auténtica Formación Permanente indicada a cada Hermana como compromiso de vida en la fidelidad cotidiana al don de la “vocación para este Santo Instituto de Caridad”⁶⁵.

Teniendo presente el principio de que la Formación permanente es la condición para el crecimiento y el desarrollo de la formación en cada etapa de la vida, afrontamos ahora cada articulación y las fases formativas, a partir de la Pastoral Juvenil-Vocacional y de la Formación Inicial.

⁶⁵ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 23.

PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

“Si tú conocieras el don de Dios...” (Jn. 4,10)

Significado y finalidad

La solicitud de muchas comunidades cristianas por la pastoral juvenil está ampliamente sostenida por la Iglesia entera que, realizando su mandato de evangelización, se dirige de manera particular hacia los jóvenes que constituyen, por su situación existencial, psicológica, social y espiritual, los destinatarios naturales de la esperanza cristiana.

Los jóvenes tienen en efecto “derecho a ser evangelizados porque tienen mayor necesidad del Evangelio para responder a las preguntas de sentido que acompañan el crecimiento, para tener un horizonte ideal no ilusorio ni restringido, para tener la vida en abundancia en el conocimiento del amor del Padre, revelado en la humanidad filial de Jesús y testimoniado en la interioridad del Espíritu”⁶⁶.

Además, la criticidad de educar en una sociedad compleja hace aún más necesaria la asunción de responsabilidades por parte de los adultos; en la actual situación cultural prevalecen en efecto la insatisfacción y el vacío existencial, la fragilidad de las personas, la precariedad de las relaciones...

Muchos jóvenes, sobre todo en los continentes de antigua tradición cristiana, manifiestan un profundo malestar frente a una vida sin valores e ideales, y todo llega a ser provisorio y parece revocable. Esto causa sufrimiento interior, soledad, cierre narcisista, miedo al futuro, y puede conducir a un ejercicio desenfrenado de la libertad. Al mismo tiempo está presente en los jóvenes una gran sed de significado, de verdad y de amor.

⁶⁶ Instituto Hijas de la Caridad Canossiana, Proyecto de Pastoral Juvenil, 1998, Premisa.

Para nosotras Canossianas la Pastoral Juvenil es un ámbito apostólico indispensable, cuya obligatoriedad es inherente a la naturaleza misma de nuestro carisma, que nos llama a prevenir el mal antes que suceda, “dependiendo ordinariamente de la educación la conducta de toda la vida”⁶⁷.

El carisma canossiano nos llama a estar atentas a los jóvenes para cuidar su crecimiento.

El Amor de Cristo Crucificado es el punto de partida con el que queremos invitarlos a hacerse discípulos en el seguimiento, para que en Él descubran gradualmente que cada fragmento de vida tiene un significado redentor y para que encuentren aquel “espacio” en el cual estar para construir su propia historia⁶⁸.

La Pastoral Juvenil Canossiana abraza y atraviesa por lo tanto todas las Ramas de Caridad y nos llama, como educadoras de la fe, a estar atentas a los adolescentes y jóvenes para cuidar su crecimiento. Además, como consagradas, estamos llamadas a convertirnos en animadoras vocacionales: “quien es llamado, en efecto, no puede no llegar a ser el que llama”⁶⁹.

La principal finalidad de la Pastoral Juvenil Canossiana es la de conducir a adolescentes y jóvenes en un camino de crecimiento humano y en una experiencia de fe y de encuentro con el Señor Jesús, ayudándolos a releer, en clave vocacional y misionera, su propia vida.

Estamos por lo tanto invitadas a despertar en los jóvenes el discernimiento alrededor de su proyecto de vida, provocando en ellos la pregunta vocacional a través de nuestra humanidad, plenamente realizada.

Por consiguiente “todas las comunidades canossianas son, de por sí, comunidades vocacionales, cuando su propia vocación es vivida por los miembros de la comunidad con conciencia profunda y entusiasmo y cuando la comunidad se reúne para

⁶⁷ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 179.

⁶⁸ Cfr Instituto Canossiano, Líneas de Pastoral Juvenil Canossiana, Boloña 2000, 11-12.

⁶⁹ Congregación, Potissimum, n.17

responder al llamado al discipulado ministerial⁷⁰.

Luego de haber individualizado en los jóvenes los signos de una vocación particular, ofrecemos a los mismos la disponibilidad para un camino de acompañamiento y de discernimiento.

Se trata entonces de realizar una pastoral juvenil que debe ser una pastoral vocacional, a través de la cual los jóvenes puedan interiorizar la propuesta vocacional como guía en el misterio de la propia vida y de la identidad, de la propia fe y de la vocación.

Responsables

La comunidad canossiana está formada por Hermanas que, movidas por el Espíritu y unidas por el mismo carisma, viven juntas para anunciar y testimoniar el amor siempre disponible de Dios hacia cada persona, así como ha sido evidente en Jesucristo, en el momento culminante de su dar la vida por nosotros en la cruz.

La comunidad testimonia eficazmente el carisma en la medida en que revive sus tres elementos constitutivos: la experiencia mística, el camino ascético y la misión apostólica.

Las modalidades concretas a través de las cuales la comunidad canossiana expresa su servicio dentro de la iglesia local son la educación, la evangelización, la pastoral de la salud, la formación de los laicos y los ejercicios espirituales, a fin de que la Caridad se extienda lo más posible.

Cada comunidad está llamada e impulsada a “adoptar un estilo de vida simple, gozoso y fraterno, que se refleje también en los ambientes abiertos y acogedores”⁷¹, para ser y llegar a ser cada vez más testigos creíbles de la fraternidad evangélica.

⁷⁰ Instituto Hijas de la Caridad Canossianas, Líneas Portantes de Animación Vocacional Canossiana, Boloña 2002, 43.

⁷¹ XIV Capítulo, Resoluciones, 10.

Es siempre en la comunidad donde “custodiamos y reforzamos nuestra identidad”⁷² de Hijas de la Caridad – Siervas de los Pobres, aprendiendo a servirnos humildemente y a ayudarnos recíprocamente, no descorazonándonos por nuestras fragilidades y las de los demás, sino viviéndolas como posibilidad de conversión, de reconciliación y de salvación.

Todas las comunidades canossianas son, además, interpeladas continuamente para “explorar nuevos modos de responder a las necesidades emergentes”⁷³, con particular atención a los jóvenes, para que crezcan en la “fantasía de la caridad”⁷⁴ y se involucren en proyectos en favor de los más pobres.

Cada Hermana, como Canossiana, está llamada en primera persona a expresar el gozo de su opción vocacional y el sentido de pertenencia a la Familia Religiosa, considerando uno de sus compromisos primordiales la oración por los jóvenes y por las vocaciones. El testimonio coherente y radical de nuestra consagración hace atractivo y creíble el ideal canossiano a cualquiera que se acerque en la vida fraterna y en los varios ámbitos apostólicos y en cualquier servicio en el que nos encontremos trabajando.

Las Hermanas, involucradas directamente en la pastoral juvenil, están llamadas a estar presentes en medio de los jóvenes, llegando a ser creativas para buscar caminos de encuentro. ‘Estar’ como personas adultas significa para cada una de nosotras tener un profundo sentido de la vida, vivirla con alegría y ser capaces de narrar la propia experiencia de fe, dando razón de la esperanza que llevamos en el corazón.

‘Estar’ entre los jóvenes quiere decir, para nosotras Canossianas, permanecer en estado de diálogo, capaces de escucha confiada y de acogida profunda de lo que los jóvenes son, aten-

⁷² Idem. 13.

⁷³ Idem. 14.

⁷⁴ Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 2001, n. 50.

tas a las diversidades que cada uno trae y dejándonos interpe- lar por sus riquezas⁷⁵.

Además, para Santa Magdalena, es indispensable que las Her- manas estén entre los jóvenes con una presencia educativa que previene el mal con atenta cautela y premura. La Funda- dora se preocupa, en efecto, no sólo de que las Hermanas “no se olviden de tener la mirada atenta sobre las chicas mismas”⁷⁶, sino sobre todo de que no se deje nunca a las chicas abando- nadas a sí mismas⁷⁷.

Los laicos, con quienes colaboramos en los ministerios, son también ellos agentes de pastoral juvenil; con ellos nos forma- mos en la misma pasión educativa, compartimos el estilo ope- rativo y el método de trabajo de la pastoral juvenil; los involu- cramos en los grupos de trabajo para proyectar y realizar las diferentes propuestas.

Destinatarios

Todos los jóvenes cercanos o lejanos, de diferentes religiones, que encontramos en nuestros ministerios de Caridad, son des- tinatarios de la pastoral juvenil. Ellos, si bien no siempre cons- cientemente, están en búsqueda de un proyecto para su futu- ro, más exactamente están en búsqueda del proyecto de Dios para su vida, y nosotras estamos llamadas a acompañarlos en esta búsqueda que es verdadera y propia búsqueda vocacional: “Podemos por lo tanto indicar que la persona que se abre a la búsqueda de su propia vocación y que tiene delante de sí un pro-

⁷⁵ Cfr Instituto, Líneas, 41-42.

⁷⁶ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 195.

⁷⁷ Cfr ídem, 192.

yecto de vida, es el destinatario de la animación vocacional”⁷⁸.
Estamos además llamadas a buscar y a “privilegiar especialmente a los que tienen dificultades en diferentes niveles: personal, familiar y social, también si el acercarnos a ellos nos desafía, nos pide más autenticidad, más disponibilidad, más gratuidad”⁷⁹.

Ámbitos

En comunión con la Iglesia local, realizamos nuestras propuestas dentro de los ministerios de Caridad y las experiencias de voluntariado en cada Provincia o en el exterior (VO.I.CA.), a través de varias modalidades, como encuentros, congresos, campamentos, convivencias, experiencias de oración, ejercicios espirituales, peregrinaciones, JMJ, etc. Son momentos formativos válidos también los intercambios con las jóvenes en formación.

Evaluación

A las jóvenes que han comenzado a caminar en el propio crecimiento humano y en la experiencia de fe, y que se sienten atraídas por el carisma canossiano, podemos ofrecerles un tiempo de experiencia, de oración, de fraternidad y de servicio en una de las comunidades de la Provincia o, intuyendo los signos de una vocación “ad gentes”, también en el exterior, a fin de que puedan ulteriormente confrontarse con el proyecto de Dios sobre ellas. La Hermana canossiana que acompaña a la joven tratará de ayudarla a esclarecer en ella las motivaciones vocacionales, sobre todo en referencia a la percepción de la propia opción, como capacidad de don y de responsabilidad en la confrontación consigo misma y con los demás.

⁷⁸ Instituto, Líneas, 31.

⁷⁹ Idem, 20.

PRIMERA FORMACIÓN

DISCERNIMIENTO Y ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL

“Vengan y lo verán” (Jn. 1,39)

Significado y finalidad

El Discernimiento Vocacional es el proceso que ayuda a los jóvenes a entender cómo el Señor Jesús los llama y los invita a seguirlo, a partir de la propia historia pasada hasta llegar a la presente, porque es en ella donde Dios ha indicado y está haciendo nacer y crecer un proyecto vocacional.

El acompañamiento vocacional es una ayuda temporánea que una Hermana mayor en la fe y en el discipulado ofrece a los jóvenes, compartiendo con ellos una parte del camino, a fin de que puedan conocerse mejor a sí mismos y conocer el don de Dios, y decidir responder en libertad y responsabilidad.

También nuestra Fundadora, reconociendo desde el comienzo que “la vocación es donada gratuitamente por la liberalidad del Señor”⁸⁰, había dado grande y fundamental importancia al camino de discernimiento vocacional antes de la entrada al Instituto. Dice en efecto repetidas veces: “Convendrá que la Superiora tenga mucho cuidado y haga preceder la recepción de mucha oración”⁸¹ y “... las Hermanas que conocerán la cosa, recen mucho y de corazón al Señor...”⁸².

Nuestra presencia adquiere valor formativo en la ayuda a los jóvenes para redescubrir, por medio de un camino de acompañamiento

⁸⁰ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 89.

⁸¹ Idem, 49

⁸² Idem, 69.

to, la presencia del misterio de Dios en su historia personal, como ámbito natural y concretamente reconocible de Dios que llama.

Todas las Hermanas canossianas están llamadas a proponer a los jóvenes caminos de acompañamiento y discernimiento vocacional: la propuesta debe hacerse a todos, también allá donde podría no parecer oportuno o no haber la posibilidad de una continuidad. Cada Hija de la Caridad está llamada a guiar a los jóvenes en el descubrimiento del don de Dios, en la historia personal, a través del conocimiento de sí mismos, del propio mundo emotivo, cognitivo y afectivo.

Además, quien acompaña tiene el deber de verificar en las jóvenes la existencia de las disposiciones mínimas para la vida de una Hija de la Caridad, Sierva de los Pobres, de una posibilidad de crecimiento, a nivel humano y espiritual, y de una eventual vocación “ad gentes”, requiriendo las condiciones iniciales para que puedan madurar una capacidad de elección⁸³.

En el caso en que no se ven signos de una llamada a la vida consagrada canossiana, la Hermana continúa buscando con la joven el proyecto de Dios sobre ella, teniendo presente el pensamiento de Santa Magdalena, que “cuando la vocación no está clara y segura no haremos más que traicionar a la chica y (...) dañar al Instituto”⁸⁴.

Esta etapa es por lo tanto un tiempo de transición gradual hacia el comienzo de la vida religiosa cuya duración depende del crecimiento de la joven.

Contenido

La Hermana canossiana que acompaña introduce a la joven en una lectura cristiana de su historia, de modo que lo que le ha

⁸³ Cfr Cencini, Vida consagrada, 60.

⁸⁴ Magdalena, Epistolario III/1, 301-302.

ocurrido o lo que hace, pueda ser captado por ella como lugar de encuentro con Dios y de discernimiento de su voluntad.

La profundización del propio camino de fe a través de la catequesis, una significativa vida sacramental y de oración, llega a ser también un criterio de discernimiento.

Es además importante que la Hermana requiera a la joven algunas opciones de discontinuidad con la vida anterior, y le proponga experiencias iniciales de acercamiento al carisma canossiano, en una de nuestras comunidades, según la situación inicial de cada una. En ella la joven experimenta la espiritualidad canossiana y el estilo de vida de las Hijas de la Caridad, para luego confrontarse con la propia disponibilidad para optar.

Modalidades

Instrumento formativo privilegiado en este particular tiempo de discernimiento es sin dudas el acompañamiento sistemático de la Hermana canossiana, que acompaña a la joven en su búsqueda; la ayuda a discernir el misterio de su identidad a través de la historia personal y a reconocer que la encarnación del misterio en ella no siempre se ha realizado de manera lineal, sino que ha encontrado también obstáculos y dificultades⁸⁵.

Otras modalidades formativas, no alternativas, sino complementarias al acompañamiento sistemático, pueden ser el contacto con una comunidad canossiana local, experiencias de algunos días en una comunidad apostólica canossiana, donde la joven puede experimentar nuestra vida de oración, de fraternidad y de dedicación a los demás, tiempos de profundización, de compartir y confrontarse con otras jóvenes en búsqueda.

⁸⁵ Cfr A. Cencini, El misterio para reencontrar. Itinerario formativo para la decisión vocacional, Milán 1997; La historia personal, casa del misterio. Indicaciones para el discernimiento vocacional, Milán 1997.

Evaluación

Durante esta primera etapa y a su término, la Hermana que acompaña a la joven tendrá la atención y el cuidado de evaluar con ella la motivación y la rectitud vocacional⁸⁶, verificando concretamente su disponibilidad para abrirse a la novedad de la vida consagrada⁸⁷, para crecer en la vida espiritual y para iniciar con alegría⁸⁸ el camino de formación.

La Hermana preste atención para individualizar, ya en esta primera fase, algún rasgo de la pasión apostólica y misionera canossiana, en una inicial atención a quien esté necesitado. Compruebe además, que la joven goza de una sana y equilibrada salud psico-física⁸⁹, que tenga un diploma de escuela secundaria y que no tenga más de 35 años de edad. La excepción puede ser considerada en diálogo con la Superiora Provincial.

Si la evaluación resulta positiva, la candidata presenta pedido escrito a la Superiora Provincial para poder iniciar el Prenoviado.

⁸⁶ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 69.

⁸⁷ Cfr Magdalena, Epistolario, III/1, 17.

⁸⁸ Cfr Magdalena, Epistolario, III/2, 1347.

⁸⁹ Cfr Magdalena, Epistolario II/2, 952, nota 16.

PRE- NOVICIADO

“Habla, Señor, que tu siervo te escucha” (1Sam 3,9)

Significado y finalidad

El pre-noviciado es un tiempo de crecimiento personal y de discernimiento para la joven que desea confrontar el propio don con el carisma canossiano y conocerlo en la modalidad de la vida religiosa.

Se caracteriza por una particular atención al crecimiento del propio ser mujer y cristiana.

Las jóvenes de hoy, “futuras esperanzas del bien del Instituto”⁹⁰, tienen la necesidad de ser estimuladas hacia los altos ideales del seguimiento radical de Cristo y a las exigencias profundas de la santidad, en vistas de una vocación que las supera y tal vez vaya más allá del proyecto inicial que las ha impulsado a entrar al Instituto.

Por ello el objetivo general de este período es la maduración en la joven de la capacidad de elegir libremente y como creyente entrar en la vida consagrada canossiana.

Además de esta finalidad, la Hermana encargada considera también:

- la madurez de fe en una relación personal con Cristo Crucificado, que denota una madurez vocacional, en una óptica de discernimiento hacia la vida consagrada canossiana apostólica y la vocación “ad gentes”
- la conciencia de que la vocación no es la búsqueda de un proyecto personal de formación, sino el ponerse exclusivamente en el seguimiento de Cristo Crucificado, para amarlo a Él sólo y vivir en Él el ser hijo del Padre

⁹⁰ Maddalena, Regole e Scritti, I, 125.

- la atenta escucha de la Palabra, a la luz de la cual alimentar la propia vida interior y verificar las motivaciones profundas que impulsan la vida de la joven
- la integración de una “mentalidad de cambio” respecto a la anterior condición de vida, en sintonía con la dinámica del seguimiento dentro de la Familia Canossiana
- la formación gradual para la comunicación, el diálogo, el compartir y la confrontación en orden a la vida fraterna y ministerial

El pre-noviado es también un “tiempo de prueba”⁹¹ en el cual la joven, mientras consolida su relación personal con el Señor, es gradualmente introducida en la vida fraterna en comunidad, en la riqueza de la oración vivida en dimensión apostólica, en la solidaridad en los ministerios y en los diversos servicios de familia.

Sujetos en formación

El itinerario formativo del pre-noviado es ofrecido a la joven de nuestro tiempo quien, fascinada por el Señor Jesús Crucificado, desea seguirlo y vivir para su Reino en nuestra Familia Religiosa. Atraída por nuestro estilo de vida y sensible a la necesidad del prójimo, ella participa activamente de la vida eclesial, eligiendo experimentarla en el seno de una comunidad apostólica y a través de nuestros ministerios de Caridad.

Con la Formadora la pre-novicia discierne la vocación al carisma canossiano, considerado más como un don recibido que como un ofrecimiento de sí, y la posibilidad que este don único, personal y gratuito, lleve a plenitud la propia humanidad. En este contexto puede darse un comienzo de discernimiento de la vocación “ad gentes”.

⁹¹ Idem, 137.

El proceso de discernimiento puede verificarse también en la lucha entre la atracción por el ideal y la dificultad de una respuesta libre, frente al desapego y a la necesidad de cambio.

Contenidos

El contenido de la formación del pre-noviciado comprende principalmente cinco áreas:

- ***la dimensión humana***
 - un gradual conocimiento de sí, de los dones y de las fragilidades, de la propia sexualidad y femineidad; la aceptación y la integración de la historia personal, que lleva a la integración de la afectividad, de la vida y del propio pasado, marcan el comienzo de una relación nueva con Dios, consigo misma, con los demás y con la creación
 - la capacidad de tomar decisiones autónomas y significativas para la propia vida
 - el estupor y el entusiasmo, típicos de la edad juvenil, que expresan la pasión por los ideales del Bien, de lo Bello y de lo Verdadero
 - el coraje y la constancia de vivir con coherencia las consecuencias de las propias opciones, tolerando el esfuerzo de la renuncia, dando signos de estar disponible para crecer y de saber hacer las primeras rupturas y los primeros desapegos significativos con el estilo de vida anterior
 - un camino de madurez humana que atañe no sólo al aspecto intelectual, sino también y sobre todo a los afectos, las emociones y la voluntad

- la madurez afectiva como capacidad de soledad y de relaciones sociales serenas con ambos sexos
- la capacidad de reconocer y llamar por su nombre a las propias debilidades y fragilidades y de comprometerse para superarlas
- un camino de donación gozosa y de humilde y serena aptitud para acoger las diferencias culturales existentes en el grupo

- ***la dimensión social***

el reconocimiento y el afecto hacia la propia familia de origen y hacia todos aquellos que han ayudado a la joven a crecer

- una actitud de gratitud hacia la comunidad que comparte su camino
- una acogida indistinta hacia los hermanos y las hermanas que Dios pone en su camino, madurando una gradual aceptación de los límites de los demás
- la capacidad de relacionarse y de colaborar, de igual manera con todos: laicos y Hermanas
- la sensibilidad hacia quienes están en la necesidad y la aptitud para cuidarlos

- ***la dimensión espiritual***

- la aptitud para descubrirse como don, que engendra un sentido de gratitud, en el ámbito humano y vocacional, y pide llegar a ser don para los demás
- el progresivo reconocimiento de la paternidad del Dios de Jesucristo que, a través de la acción del Espíritu, actúa en la historia cotidiana
- la relación personal y auténtica con el Señor Jesús en una

gradual vida de oración, en la vida sacramental y litúrgica vivida personalmente y en comunidad

- la catequesis sistemática para el conocimiento de los fundamentos de la fe
- un primer acercamiento a la Palabra de Dios⁹²
- la guía de María, Madre de Dios y modelo de fidelidad al proyecto del Padre
- el descubrimiento del significado y del valor de la vida interior, en el silencio y en la escucha, “según las diferentes necesidades y las diferentes situaciones”⁹³
- una espiritualidad redentora, en función de los demás y de su salvación

- ***la dimensión carismática***

- el conocimiento de la Fundadora, mujer creativa en la Caridad y modelo de santidad también hoy, de Santa Josefina Bakhita, Hermana Universal y mujer reconciliada, y de otras figuras significativas de la Familia Canossiana
- la confrontación entre:
 - ✓ los ideales de la joven y los valores propuestos por el carisma canossiano
 - ✓ el camino de fe de la joven y la espiritualidad canossiana: el amor a Cristo Crucificado y a su Madre, María Dolorosa

⁹² Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 134-135.

⁹³ Idem, 27.

- ✓ cómo se ve a si misma la joven en los ministerios y el proyecto apostólico canossiano

- **la dimensión apostólica**

- las experiencias de servicio y de inmersión en nuestros ministerios de Caridad, para descubrir el estilo humilde y alegre y para ser introducidas en el proceso formativo de discernimiento: ver, conocer y actuar
- la misión, también más allá de los propios confines, entendida no sólo como servicio, sino como anhelo de quien se siente salvado y, queriendo compartir el don con los demás, comparte también la propia espiritualidad en el “hacer conocer y amar a Jesús”

Ámbitos

El crecimiento en la conciencia de la propia respuesta vocacional y en la libertad interior de la pre-novicia encuentra un espacio favorable sobre todo en los siguientes ámbitos:

a. La Comunidad Formativa: abierta a la cultura de las jóvenes, las acoge y les ofrece la posibilidad de experimentar del don precioso de la fraternidad, con sus luces y sus sombras, en un clima respetuoso, sereno y alegre, a fin de que puedan expresarse así como son. La comunidad comparte además la oración comunitaria y favorece tiempos de oración personal.

En la comunidad la joven se confronta con la realización de la única misión canossiana, a través del conocimiento de los varios servicios apostólicos, posiblemente en una modalidad interministerial y eventualmente también misionera.

Una Hermana de la comunidad, adecuadamente preparada y comprometida en un camino de integración personal, está encargada de acompañar y seguir personalmente a la pre-novicia en el camino de crecimiento humano, espiritual, vocacional y carismático: “procurando (...) ganarse hábilmente la confianza de la pre-novicia (...) trate de descubrir la índole, el temperamento, las inclinaciones”⁹⁴. La Hermana se hace garante del itinerario formativo previsto.

La guía para la comprensión de la vida de fraternidad y la ayuda a leer la vida cotidiana y cada acontecimiento en el espíritu de fe, a través de coloquios personales regulares y encuentros formativos específicos y sistemáticos.

- b. La participación en algún curso bíblico teológico** permite a la pre-novicia nutrir sus motivaciones y ampliar los horizontes de los conocimientos y de la competencia ministerial.

Modalidades

- un camino formativo personal y guiado con la Hermana responsable
- la dirección espiritual
- un trabajo de profundización para madurar en el conocimiento de sí y de los demás
- un acompañamiento psico-terapéutico, allí donde haya necesidad
- la gradual relectura de la vida a la luz de la Palabra de Dios y de los textos carismáticos

⁹⁴ Idem, 132.

- una experiencia proporcionada a las reales posibilidades de la joven, dándole la oportunidad de involucrarse y comprometerse con gestos concretos en lo que está viviendo y que le es propuesto, pero con una opción libre y basada en sus fuerzas, dentro de la vivencia cotidiana en la vida fraterna, en la vida de oración y en el servicio apostólico⁹⁵
- un tiempo significativo en la casa del Noviciado, antes de su comienzo

Evaluación

En nuestro Instituto, el pre-noviciado dura normalmente un año⁹⁶ y no puede ser prolongado más de dos años.

Cuando finaliza, la joven expresará el deseo libre y consciente de seguir a Cristo en nuestra Familia religiosa.

Después de haber escuchado la auto-evaluación y el parecer de la comunidad, la Hermana encargada presenta a la Superiora Provincial una relación escrita, en la que expresa su parecer y el de la comunidad acerca de la idoneidad de la joven para seguir el camino formativo.

En esta relación la Formadora expresa si es considerada capaz de llegar gradualmente a vivir el compromiso de la consagración y si ha recibido una preparación adecuada para la etapa sucesiva. Ofrece a la Superiora Provincial los elementos para pronunciarse acerca de la oportunidad y el momento de la admisión al noviciado.

Además de los elementos requeridos por el Derecho Común⁹⁷ la Formadora evaluará atentamente la capacidad de la pre-novicia

⁹⁵ Cfr Cencini, Vida consagrada, 117-121.

⁹⁶ Cfr Congregación, Potissimum, n.43.

⁹⁷ Cfr Código de Derecho Canónico, Roma 1983, can. 641-645.

de hacer de manera libre y responsable una opción vocacional motivada, recta⁹⁸ y gozosa en la decisión de vivir para el Señor Jesús Crucificado y de colaborar en su misión salvífica⁹⁹.

En el discernimiento hay que considerar el grado de madurez en la vida de fe, a nivel sacramental, doctrinal y moral alcanzado por la joven, de manera que en el noviciado no se deba retroceder a un simple catecumenado; un nivel intelectual suficiente para entender los valores y las exigencias de la vida consagrada canossiana¹⁰⁰.

La Hermana encargada verifique además la existencia de “un carácter amante de la armonía y de la paz”¹⁰¹, signo de una aceptable madurez humana, de una identidad estable y de la disponibilidad para vivir en comunidad relaciones serenas, también con las Hermanas que desempeñan un servicio de autoridad¹⁰². La disponibilidad para conocerse, tanto en sus dones como en sus límites, en la sinceridad y verdad de sí misma, y el sano realismo para enfrentar luchas y dificultades como signo del deseo de crecer y de formarse para llegar a ser una auténtica Hija de la Caridad Canossiana.

Hay que descubrir también una explícita inclinación a los ministerios de Caridad propios de nuestro Instituto¹⁰³ y una eventual apertura “ad gentes”.

Si no estuvieran presentes estos elementos, Santa Magdalena así nos invita: “... si a pesar de todo el cuidado y la atención utilizada, fuese equivocada la opción, (la joven) sin ningún temor sea dimitida y el Instituto sea conservado en su espíritu y en su integridad”¹⁰⁴.

⁹⁸ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 51.

⁹⁹ Cfr *ivi*, 71; Epistolario, I, 502; III/2, 979; III/3, 1696.

¹⁰⁰ Cfr Magdalena, Epistolario, II/2, 1179.

¹⁰¹ *Idem*, III/2, 1766.

¹⁰² Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 51.

¹⁰³ Cfr *idem*, 50-51.

¹⁰⁴ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 126.

Si el noviciado se realiza en un país diferente al de pertenencia, un buen conocimiento del idioma utilizado facilita la inserción. Es deseable, donde es posible, aprender el idioma italiano para acercarse a las fuentes carismáticas.

Paso al noviciado

Al finalizar la etapa, la joven presenta un pedido escrito a la Superiora Provincial para poder iniciar el noviciado.

Le corresponde a esta última, teniendo en cuenta el parecer de la Formadora y de la comunidad en la que vivió, considerarla idónea para proseguir el camino.

Antes del comienzo de la etapa siguiente, será ofrecida a la joven la posibilidad de transcurrir un período de inserción en la comunidad del noviciado para familiarizarse con el nuevo ambiente, un regreso a su familia y una pausa adecuada de reflexión y de oración.

NOVICIADO

*“La atraeré a mí, la conduciré al desierto
y hablaré a su corazón” (Os. 2,16)*

Significado y finalidad

El noviciado es el tiempo fuerte por excelencia de iniciación integral en la forma de vida propuesta por el carisma canossiano y de experiencia del seguimiento radical de Cristo Crucificado que la joven se dispone a poner en el centro de su propia existencia, con la guía de María, discípula fiel del Hijo y Madre de la Caridad al pie de la Cruz.

La joven debe, por lo tanto, ser guiada hacia la progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo Crucificado hacia el Padre y hacia la humanidad entera, y a la integración de su propia identidad alrededor del carisma, vivido y custodiado en el Instituto.

Finalidad última de esta etapa de la Primera Formación es encaminarla gradualmente a la “docibilitas”, entendida como capacidad para aprender de la vida con el corazón generosísimo de Jesús, viviendo cada situación existencial y relacional como lugar de formación.

Este estado interior de constante libertad para aprender en la vida y de la vida es el punto de llegada de la Formación Inicial, y dispone para proseguir el camino, como un largo proceso de Formación Permanente.

El Noviciado dura, normalmente, dos años.

Sujetos en formación

En nuestro Instituto es admitida al noviciado la joven que, habiendo completado el pre-noviciado, expresa por escrito el deseo de continuar el camino de discernimiento respecto de su propia vocación religiosa, abriéndose a la concreta disponibilidad de llegar a ser una auténtica Hija de la Caridad.

Objetivos

La joven, que es recibida en la comunidad del noviciado:

- profundiza el sentido de su consagración bautismal y continúa la confrontación con la vida consagrada canossiana para llegar a una opción libre y consciente
- toma conciencia del don de la vocación en el Instituto de las Hijas de la Caridad Canossianas, abierto a las necesidades del mundo entero
- enfrenta la dificultad de realizar su identidad de mujer y cristiana en cada aspecto de su individualidad, en los comportamientos y en las intenciones, y se prepara a ser 'hermana y madre' de todos, sobre todo de los más necesitados
- experimenta efectiva y afectivamente el carisma canossiano como su 'nombre nuevo', aprendiendo gradualmente a integrar las razones del corazón, de la mente y de la voluntad con el proyecto carismático y sus valores
- se pone en camino hacia la progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo Crucificado para con el Padre
- hace experiencia del estilo de vida propio del Instituto y se hace disponible para evaluar sus motivaciones e

intenciones, sus reales capacidades y la idoneidad para vivir las exigencias de la consagración, en la vida de fraternidad y en orden a la misión

Contenidos

- ***la dimensión humana***

Se le proponen a la joven:

- asumir los valores evangélicos que llevan a opciones que piden renunciaciones, a causa de la vocación abrazada por amor
- un camino de libertad que la conduce a llegar a ser lo que realmente está llamada a ser, convirtiendo la propia humanidad en la profundidad en la que debe darse la adhesión a Cristo
- la profundización del conocimiento y de la aceptación de sí, distinguiendo las energías positivas de las que requieren redención, aprendiendo a integrarlas con serenidad, aceptando también el esfuerzo que implica.
- la valoración de la propia femineidad, sexualidad y afectividad, abriéndose cada vez más a la gestión de sus emociones, pasiones, sentimientos y afectos, en el compromiso de crecer como mujer humanamente madura¹⁰⁵
- el crecimiento en la capacidad de relacionarse de manera adulta con la diversidad y en la libertad de ser ella misma dentro de un grupo
- la capacidad de buscar la verdad dentro de sí, aprendiendo el desapego de sus propias preferencias, deján-

¹⁰⁵ Cfr Magdalena, Epistolario, III/1, 503.

dose poner en discusión con serenidad y madurando la responsabilidad frente a los compromisos adquiridos

- la identificación precisa de las propias inmadureces y el camino para superarlas

- ***la dimensión espiritual***

Se le proponen a la joven:

- la profundización de la propia fe en Cristo Crucificado y de la relación personal con Él¹⁰⁶, con una intensa oración que se manifiesta en la vida de cada día
- el frecuentar la Palabra de Dios que alimenta la disposición de una “mentalidad de fe” y el asumir criterios evangélicos
- la interiorización del espíritu de oración, en docilidad a la acción del Espíritu Santo
- la aceptación de la soledad para “establecerse en Dios sólo”¹⁰⁷
- la apertura al don del silencio, como medio para escuchar la Palabra de Dios y vivir la intimidad con Él sólo
- el conocimiento profundizado de los votos en el contexto de hoy, en todas sus dimensiones: personal, comunitaria, ministerial, profética, escatológica

¹⁰⁶ Cfr Congregación, Volver a partir, n. 28.

¹⁰⁷ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 55.

- **la dimensión carismática**

Se le proponen a la joven:

- el descubrimiento y profundización de la identidad carnosiana que se especifica en el ‘nombre nuevo’ que está llamada a asumir: Hija de la Caridad, Sierva de los Pobres, nombre que se traduce en la adhesión vital al doble mandamiento del amor¹⁰⁸
- el acercamiento a las fuentes carismáticas, como manantiales de los cuales extraer la experiencia de Santa Magdalena, manifestando el deseo de hacerla propia
- el encuentro con el Señor Jesús para “plantar bien el Crucificado en el corazón”¹⁰⁹
- la invitación a modelar gradualmente la propia manera de vivir y de amar como el Señor, tratando de asumir sus mismos sentimientos e interiorizando las virtudes contempladas en Él: la obediencia, la humildad, la pobreza
- la adquisición de las virtudes del Siervo y la interiorización del espíritu de servicio
- la solicitud para aprender a amar a María, Madre y Fundadora del Instituto, y para ser, como ella, discípula al pie de la cruz de Jesús
- la clara conciencia de los Consejos Evangélicos y su gradual incorporación, descubriendo en ellos una fuerte posibilidad de realización de la propia humanidad en particular:
- la posibilidad de confrontar el propio llamado a vivir la **pobreza evangélica** con el modelo de “nuestro gran

¹⁰⁸ Cfr XIV Capítulo, Resoluciones, 7.

¹⁰⁹ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 134.

Modelo, Cristo Crucificado, (...) que en la cruz de todo fue despojado, excepto de su amor”¹¹⁰

- ✓ aprendiendo a vivir la pobreza como libertad, no sólo en relación con las cosas, sino también consigo misma, con sus limitaciones y con las fragilidades de los demás
 - ✓ apreciando un estilo de vida sobrio y simple, agradecido y gratuito, el amor hacia los pobres y el cuidado de la creación
 - ✓ experimentando el esfuerzo de utilizar medios pobres en la vida cotidiana, en la actividad y en el apostolado
 - ✓ madurando una serena actitud de dependencia y de interdependencia, pidiendo con simplicidad lo que necesite, cosas y dinero, gestionándolos con responsabilidad y presentando una rendición fiel y transparente
 - ✓ llegando a custodiar atentamente el tiempo que tiene a disposición, para no vivir en la dispersión y para donarse con generosidad a quien pide su disponibilidad
- la oportunidad de verificar la propia llamada a vivir la **obediencia religiosa** con el modelo de Cristo, Crucificado y Siervo, que en la Cruz ofreció “la parte más noble del mismo sacrificio que es su propia voluntad”¹¹¹
- ✓ caminando hacia un equilibrado sentido de autonomía
 - ✓ tomando conciencia de posibles falsas expectativas frente a la autoridad

¹¹⁰ Idem, 34.

¹¹¹ Idem, 30.

- ✓ expresando respeto hacia los demás en el ejercicio del diálogo y de la colaboración, tanto sea con los superiores como con la comunidad
 - ✓ manifestando las motivaciones de cada pedido, de manera que la obediencia sea siempre responsable, también cuando es exigente y comprensible sólo a partir de la fe
- la ocasión para confrontar la propia llamada a vivir la **castidad consagrada** para que todo lo que una es y lo que tiene “esté total y únicamente dedicado al Señor”¹¹²
- ✓ aceptando serenamente la propia realidad humana
 - ✓ gestionando las relaciones interpersonales de manera equilibrada y madura, en comunidad y en el apostolado, en las amistades y con todos
 - ✓ experimentando realmente el desapego afectivo y efectivo que la vida consagrada conlleva, y viviendo consiguientemente el espíritu generosísimo de Cristo en la Cruz
 - ✓ haciendo experiencia de la renuncia pascual, también a través de la ayuda de una ascesis cristiana que libera el corazón y fortalece la voluntad
 - ✓ instaurando un ‘nuevo’ estilo de relaciones con la familia de origen, que la joven continuará amando con respeto y gratitud

¹¹² Idem, 53.

- **la dimensión comunitaria**

La novicia es acompañada en un camino de:

- aceptación de la otra “diferente” de si, abriéndose a un estilo de acogida y de servicio sin distinciones, de fraternidad simple y gozosa, de compartir lo que es y lo que tiene, de “custodia” recíproca¹¹³, de discernimiento, de diálogo, de corresponsabilidad, de estima recíproca
- crecimiento en el sentido de pertenencia, en la estima y en la gratitud hacia la propia comunidad y hacia el Instituto, también a través de la participación activa en la redacción del Proyecto Comunitario
- profundización e interiorización de los elementos fundamentales de la comunión, promoviendo la transparencia en las relaciones, la libertad, la amistad abierta y responsable, y madurando en la capacidad de intercambiarse el perdón y de vivir la corrección fraterna, entendida como apertura siempre más grande para dar y recibir el perdón y la comprensión¹¹⁴
- aprender la modalidad de compartir la Palabra de Dios y la espiritualidad canossiana

- **la dimensión apostólica - misionera**

Se le proponen a la novicia:

- el amor filial a la Iglesia y la apertura al mundo, realizando el mandado carismático de ‘hacer conocer y amar a Jesús’, en fidelidad a Dios y a la humanidad

¹¹³ Congregación, Caminar, n. 28.

¹¹⁴ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 93.

- el conocimiento de los ministerios de Caridad propios del Instituto, la realización de alguna experiencia significativa en el ministerio hacia el que siente más afinidad y, eventualmente, también misionera
- la adquisición del estilo de servicio canossiano: la humildad, la simplicidad, la amabilidad, la gratuidad y la colaboración
- el amor a la universalidad de la Iglesia y a la misión “ad gentes”, madurando dentro de sí una mentalidad abierta a la inculturación
- el respeto hacia la diversidad religiosa y cultural de los pueblos que conduce al diálogo
- una creativa y gozosa obediencia capaz de proponer los valores evangélicos que hay que vivir en la misión
- un tiempo apostólico en una comunidad diferente a la del noviciado, durante el 2º año, en el cual la experiencia sea proporcionada, preparada, acompañada y luego compartida y verificada con la Formadora.

Ámbitos

Los ámbitos específicos, en los cuales el proceso formativo de la novicia se realiza son:

- **La Comunidad formativa del noviciado**, en donde cada Hermana contribuye, siempre en el respeto de las diferentes competencias y roles, al crecimiento de la joven, favoreciendo en ella la libertad interior y la capacidad para amar. Las Hermanas de la comunidad están llamadas a vivir su relación con la novicia de manera

constructiva. Comparten con la Formadora las líneas formativas, viven la corresponsabilidad formativa, dando su propio aporte, especialmente con el testimonio de una vida coherente con los valores evangélicos y carismáticos.

La presencia de Hermanas con vocación “ad gentes” puede favorecer la apertura de la novicia a esta llamada.

La comunidad prevé un tiempo para dialogar, para poner en marcha la confrontación con la Palabra de Dios y con el carisma, para discernir, para “narrarse”, para construir cultura juntas, humildemente, sin dar nada por descontado, para compartir el amor grande por el Reino y la pasión de ser discípulas misioneras de Cristo¹¹⁵. De cualquier manera préstese atención, para que de acuerdo a las condiciones locales, sea respetada una oportuna condición de silencio y de soledad, como valores esenciales para una continua y fuerte experiencia de comunión con Dios sólo y de contemplación de Cristo Crucificado.

- **La Formadora** forma parte de esta comunidad y, como primera responsable de la formación de la novicia, la acompaña en su camino, con una relación interpersonal basada en la verdad y en la fraternidad evangélica, buscando crear siempre un clima de confianza, para que pueda expresarse con libertad¹¹⁶.

La ayuda a reconocer la voz de Dios que le habla, a verificar sus intenciones y a responder en libertad y responsabilidad. Está particularmente atenta para descubrir una posible llamada “ad gentes”.

¹¹⁵ Cfr V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Aparecida; documento conclusivo, 2007.

¹¹⁶ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 131.

Encuentra personalmente a la novicia de manera sistemática, realizando un proceso de discernimiento y un camino de acompañamiento.

Preparada adecuadamente, tiene el delicado deber de discernir y verificar la vocación de la novicia, de transmitir el genuino espíritu del Instituto y de ayudarla a superar las eventuales dificultades que encuentra en el camino.

Este particular servicio requiere dones humanos y espirituales específicos, para no ser obstáculo a la acción del Espíritu.

Además es importante que la Formadora tenga un conocimiento profundo y una adecuada experiencia de la vida religiosa y de la misión del Instituto, ame a la Iglesia y esté abierta a sus problemas.

Aproveche la ayuda de personas, internas o externas al Instituto, para la profundización de los contenidos propios del noviciado.

Mantiene una relación abierta y se confronta con la Comunidad formativa, con la Superiora local y Provincial. Una vez al año, escuchado el parecer de la comunidad, presenta una relación escrita a la Superiora Provincial acerca del camino de cada novicia.

- **La Comunidad apostólica** recibe a la novicia para su experiencia ministerial, durante algunos meses del segundo año del noviciado. La joven es confiada y acompañada por la Superiora de la comunidad, quien mantiene los contactos con la Formadora, que permanece como responsable de la formación de la novicia.

La finalidad de la experiencia apostólica es poner a la novicia en condiciones de vivir el carisma en una situa-

ción diferente a la del noviciado, o sea con una mayor iniciativa de su parte.

En el nuevo ambiente, la joven respira la alegría y el esfuerzo de asociarse a la misión de Jesús, y aprende cómo el carisma canossiano, a través de los ministerios de Caridad, toma forma concreta y ofrece un aporte específico a la acción pastoral de la Iglesia.

En este ambiente, de manera particular a través del testimonio de Hermanas generosamente dedicadas a los demás y pasando a través del esfuerzo de la integración entre vida espiritual, fraterna y apostólica, la novicia es conducida a la unidad de vida.

Durante el período apostólico y, en particular a su término, la joven retoma y evalúa con la Formadora la experiencia vivida.

- **Los cursos formativos intercongregacionales** abren a la joven a la eclesialidad, a un reconocimiento recíproco de los diferentes carismas y a la profundización de temáticas propias de la vida religiosa, con la posibilidad de confrontación con otras jóvenes que comparten el mismo camino.
- **Momentos de interiorización y de formación con las junioras.** El compartir la experiencia y las expectativas con quien está recorriendo el mismo camino, aunque en momentos diferentes, asegura la continuidad del proceso formativo y estimula el deseo de crecer.
- **Otras experiencias significativas y específicas** son la inmersión en los lugares más pobres para una reflexión eclesial y carismática acerca de la misión.

Modalidades

La formación sistemática a la luz de la Palabra de Dios, de la Regla de Vita y de la Regla Extensa, de los textos carismáticos y

del Magisterio de la Iglesia, unida a experiencias significativas de oración son medios privilegiados para el crecimiento de la novicia. Cerca de la Formadora, en diálogo y en colaboración con ella, es positivo que actúe también el Director Espiritual, donde sea posible, y la cooperación de expertos, cuando se considere necesaria la intervención.

La Formadora guía a la novicia para la redacción del proyecto personal, propuesto como instrumento de unificación de la vida, de cambios y para asumir responsabilidades a través del propio camino, cumpliendo de esta manera un primer paso hacia la Formación Permanente, entendida como 'docibilitas', o sea como capacidad de aprender a vivir cada situación existencial como oportunidad de formación.

La relectura en clave de fe de lo cotidiano y de lo vivido dentro de la comunidad llega a ser la ocasión para una purificación de las motivaciones vocacionales y de los ideales de la joven.

En este contexto la Formadora ayuda a la novicia a reconocer y a llamar por su nombre eventuales crisis que se manifiestan a lo largo del camino, a aceptarlas como algo normal de la vida y como una preciosa ocasión de crecimiento: un tiempo favorable para reconocer la voz de Dios y descifrar su lenguaje.

La novicia es además gradualmente guiada, a lo largo de los dos años, para un conocimiento y una apertura hacia la vida ministerial y misionera del Instituto.

Se pueden prever momentos de celebración en el paso entre una etapa y la otra (ej.: del 1º al 2º año) o dentro de la misma etapa (ej.: entrega de la Regla de Vida y de la Regla Extensa).

También los tiempos de encuentro con las Hermanas junioras y con las jóvenes de las etapas anteriores, la participación en experiencias intercongregacionales favorecen el crecimiento del sentido de pertenencia a la propia Familia Religiosa y son una ocasión de enriquecimiento considerable.

Evaluación

Concluyendo el segundo año de noviciado, la Formadora dará las oportunas informaciones a la Superiora Provincial y, escuchado el parecer de la comunidad, redactará una relación escrita acerca de la novicia, candidata para la Profesión Religiosa.

Además de los principios previstos por el Derecho Común¹¹⁷, hay que tener en cuenta los siguientes criterios:

- el compromiso constante en el seguimiento de Cristo Crucificado, expresado mediante la capacidad de vivir un amor humilde, indiviso, universal, abierto al perdón y al servicio, en comunidad y en los ministerios;
- la disponibilidad para compartir los valores espirituales y materiales
- el deseo de hacer propia la Voluntad de Dios “con el Espíritu de Jesucristo, (...), espíritu amabilísimo, generosísimo y pacientísimo”¹¹⁸
- la capacidad de vivir en la soledad y de experimentar el ‘Dios Sólo’
- la presencia en la joven de una dinámica y suficiente interiorización y reelaboración personal de los valores de la vida consagrada canossiana y del carisma, no sólo desde el punto de vista intelectual, sino, sobre todo en relación a la integración de estos elementos con las energías del corazón y de la voluntad
- la incidencia de la fe en lo cotidiano, a través de una comprensión sapiencial de los acontecimientos y el cuidado del

¹¹⁷ Cfr Código, can. 652.656.

¹¹⁸ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 24.

espíritu de oración

- el descubrimiento para encontrar dentro de sí elementos del carisma canossiano que den forma al propio ser y a la propia identidad
- la identificación de las propias inmadureces y de un camino de superación, con la aceptación y una suficiente capacidad de gestión de los propios límites, en relación al compromiso de vivir la consagración
- la posibilidad de vivir en comunidad relaciones serenas y equilibradas, la disponibilidad para colaborar y cuidar a los demás
- la predisposición específica para nuestros ministerios canossianos, con una actitud concreta hacia los más pobres
- la 'docibilitas', o sea la disponibilidad para aprender de la vida y a través de ella.

Primera Profesión

Finalizado el camino del noviciado la joven, verificado su camino, presenta un pedido escrito a la Superiora Provincial para ser admitida a la Primera Profesión.

Si la respuesta es positiva, se le ofrece a la novicia un tiempo particularmente intenso de interiorización y de oración, antes de emitir la Profesión Temporánea, que la hará miembro de nuestro Instituto.

JUNIORADO

“Le daré ... una piedrita blanca en la que está escrito un nombre nuevo”

(Ap. 2,17)

Significado y finalidad

La primera profesión inaugura para la Hija de la Caridad una nueva fase de su formación, la del juniorado. La Hermana comienza un camino que está en continuidad con el anterior, pero que requiere, más aún y de manera particular, profundizar y verificar su decisión de consagrarse al Señor para siempre.

En la comunidad apostólica en la que está inserta, está llamada a interiorizar y a integrar los valores aprendidos durante el noviciado y a verificar responsablemente su aptitud para vivir en plenitud la vida y la misión del Instituto.

Ante una vocación “ad gentes”, continúa el discernimiento y se abre cada vez más al generoso don de sí, en una actitud de disponibilidad obediencial.

El del juniorado es el tiempo en el que la Hermana comprende por experiencia que el amor del Crucificado es mucho más grande que su corazón, débil y limitado; y, mientras cultiva con Jesús una relación siempre más personal y profunda, deja que el don de su Espíritu vivifique cada área de su existencia. El juniorado es tiempo precioso y específico de la plena experiencia y de la personalización del carisma canossiano que debe ser comprendido y vivido por la Juniora como su identidad, como la singular manera con la que Dios realiza su humanidad. El proceso de personalización supone la convergencia de todas sus energías hacia la unidad interior para llegar a tener en sí los mismos sentimientos de Cristo Crucificado.

Es en lo concreto de la vida cotidiana que la Hermana experimenta personalmente cómo el ideal de vida canossiano llega a ser cada vez más su razón de vivir, su nuevo modo de ser y de relacionarse con Dios y con los hermanos.

El juniorado, que en nuestro Instituto va desde un mínimo de 5 años hasta un máximo de 9, es también tiempo en el que la Hermana completa su preparación cultural y ministerial, mientras es gradualmente involucrada en la vida y en la misión de la comunidad. Sin embargo es positivo que durante el 1º año de juniorado, no esté comprometida en estudios sistemáticos.

Confiada al cuidado particular de la Superiora local, la Juniora experimenta en el nuevo contexto formativo, un estilo de vida confiado más a su propia iniciativa.

Se encuentra, además teniendo que conciliar personal y responsablemente exigencias diversas según sus compromisos personales, con las exigencias comunitarias y las actividades apostólicas. Puede advertir un sentimiento de turbación y desorientación en el esfuerzo de crear armonía entre las diversas dimensiones de la vida canossiana.

Es positivo, por lo tanto, que desde el comienzo, la Hermana sea acompañada por la Formadora (la Superiora local) en el difícil deber, que será luego para toda la existencia, de tender a la unidad de vida. Se le requiere construir y reconstruir, día tras día, su síntesis personal alrededor del núcleo vital de su vocación y del carisma canossiano: el Amor más grande contemplado en el gran Modelo.

Sujetos en formación

Junioras son todas las Hermanas que han emitido la Profesión Temporal y que desean donarse para siempre al Señor como Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres.

La pedagogía del Amor más Grande

Para realizar la finalidad específica de esta etapa formativa, la unidad de vida, la Juniora debe ser ayudada a traducir cotidianamente en la práctica aquel ‘Inspice et fac’ que ha caracterizado la experiencia de Santa Magdalena y que ella va advirtiendo como su llamada personal. Como Santa Magdalena, aprende a tener los ojos fijos en el Crucificado para comprender y penetrar siempre más el “singularísimo” amor con el que Jesús ha amado al Padre, obedeciéndole hasta el don de la vida, y con el que ha amado a los hermanos, a cada uno de nosotros, “miserables, pobres, pecadores”¹¹⁹.

“Retornando (...) siempre al Divino Modelo de las Hijas de la Caridad”¹²⁰, como a su centro gravitacional, aprende a dejarse colmar por su amor y experimenta que el amor que contempla llega a ser en ella fuerza vital que sostiene y motiva cada actitud y acción suya.

Siempre en cada etapa de la vida, la formación canossiana es camino constante hacia la identificación con Cristo Crucificado para amar a todos con sus mismos sentimientos, en la búsqueda continua de Dios sólo y de su Gloria. Esta modalidad es también la pedagogía típica de la etapa del juniorado.

Cuando la Hermana descubre, a través de la fidelidad a la oración y al compromiso ascético, que el amor es la fuerza que une todas sus energías y alrededor del cual puede unificar todas sus acciones, entonces puede comenzar el camino hacia la libertad, libertad para amar en la gratuidad, en la paciencia y en la generosidad, en la acogida amable de las Hermanas, en la dedicación de sí en el ministerio, en el ‘estar’ con María cerca del que sufre, en el desarrollo humilde de cada servicio, en la apertura del corazón más allá de sus estrechos horizontes.

¹¹⁹ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 43.

¹²⁰ Idem, 94.

Esta libertad interior, cotidianamente renovada, la conduce para sentirse responsable de su formación, para cultivar cada vez más la “docibilitas”, o sea la disponibilidad para aprender, en cada ocasión y situación, cómo amar con el corazón de Jesús. En la medida en que el amor por el gran Modelo se va enraizando en su corazón, ella sabe enfrentar con serenidad y coraje las inevitables dificultades que encuentra en lo concreto del vivir cotidiano y se apasiona por los intereses del Reino.

Áreas y contenidos formativos

La Juniora, en los años que preceden a la decisión de donarse para siempre al Señor en el Instituto de las Hijas de la Caridad – Siervas de los Pobres, está llamada a crecer en la totalidad de su persona a través de contenidos y medios que conciernen al área carismática, afectiva, intelectual y apostólica.

El “Dios sólo” en Cristo Crucificado

La formación de la Hija de la Caridad se propone en el tiempo del juniorado hacer crecer a la Hermana en la comprensión y asimilación de la identidad carismática en su totalidad, profundizando la experiencia mística, el camino ascético y la misión apostólica, reforzando así el sentido de pertenencia al Instituto.

- ***Experiencia mística***

En el corazón de la experiencia mística de Santa Magdalena, y por lo tanto también de cada Hija de la Caridad, está la búsqueda de Dios sólo contemplado en Jesús Crucificado. La Juniora es impulsada para hacer de la contemplación del Crucificado el lugar teológico por excelencia de su vida, en el que aprende a conocer las profundidades del amor de Dios y a penetrar sus

insondables riquezas. Un amor que es don de sí en el abandono y en la entrega total, que se hace disponible a todos “mientras éramos aún pecadores” (Rm 5,6), que se despoja de todo para poder amar a todos. La Hermana es impulsada a dejarse encender cada vez más por este amor, a considerar como meta el “saber” a Jesús Crucificado (cfr 1Cor 2,2) y a hacer de la cruz su gloria (cfr Gal 6,14). Se forma en la oración interiorizando el “Gran Amor”, rezando “como” el Crucificado y con sus mismos sentimientos. Es además a través del “espíritu de oración” que aprende, aún con esfuerzo a buscar en todas las cosas a Dios sólo y a Jesús Crucificado, hasta celebrar la misma experiencia de Dios en la vida, como Santa Magdalena.

El camino maestro, la Vía, para “conocer de algún modo al Señor”¹²¹, es la Palabra de Dios que ella escucha cada día en la Celebración Eucarística y que acoge y profundiza en la meditación. Aprende a amarla y a gustarla meditándola en su corazón, como María. La Palabra, conservada y custodiada, llega a ser, en la fidelidad de cada día, luz en su camino, criterio de discernimiento de su propio actuar e invitación constante a la conversión.

Como Santa Magdalena, aprende a crecer en el amor a Jesús Eucaristía, memorial de la muerte del Señor. Alimentándose cotidianamente de Él, aprende que la Eucaristía la identifica, en la vida, con el cuerpo fragmentado del Señor Jesús.

Para la Hija de la Caridad, el amor por Jesús Crucificado no se puede separar del amor por María Santísima Dolorosa “constituida Madre de la Caridad al pie de la Cruz”¹²². La Hermana cultiva hacia ella un “humilde y devoto afecto”, que se traduce concretamente en imitación, para llegar a ser como la Madre, verdadera discípula de Jesús, capaz de vislumbrarlo y acogerlo en los “cru-

¹²¹ Idem, 27.

¹²² Magdalena de Canossa, Reglas del Instituto de las Hijas de la Caridad. Texto Extenso. Manuscrito milanés, Milán 1978,13.

cificados” de hoy y en cuantos encuentra a lo largo de su camino. María, al pie de la Cruz, engendra en nosotros el amor para vivir bien nuestra vocación.

- **Camino ascético**

El camino ascético de la Juniora consiste en la libre decisión de identificarse en todo con Jesús Crucificado, para llegar a ser, progresivamente, discípula de la Cruz.

La adquisición de las virtudes carismáticas, en particular de la humildad, llega a ser necesaria para hacer propio el estilo de servicio típico de Jesús Siervo que lava los pies a sus apóstoles sin sentirse humillado, seguro del amor que, como Hijo, desde siempre ha recibido del Padre.

En este proceso formativo, la Hermana se apropia así de su nueva identidad; en fidelidad y en coherencia con el nombre que lleva, Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres, elige ser humilde, pobre, obediente, experimentando al mismo tiempo la belleza y el compromiso gozoso de servir.

La Juniora que ha acogido en sí la Palabra del Señor: “Quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz cada día y me siga” (Mt 16,24), aprende, de a poco, a apreciar también la renuncia, considerada no fin en sí misma, sino medio para asemejarse a Jesús y para hacer su corazón cada vez más libre para amar. Aprovecha, tanto en la vida comunitaria como en la apostólica, cada estímulo y llamado para anteponer el amor de Cristo Crucificado a su satisfacción personal.

También los **votos** entran en este camino de libertad.

La pobreza: la Hermana está llamada a ejercitarse gradualmente, pero con fidelidad, en el camino del desapego para hacerse libre de las cosas y disponible para el don de sí misma en la comunidad y en el apostolado.

En Jesús Crucificado descubre su riqueza, Aquel que no le hace faltar nada y del cual continúa recibiendo.

Los pobres que luchan por vivir son para la Hermana, un fuerte llamado a la solidaridad, en lo concreto de lo cotidiano y en el servicio apostólico.

En la comunidad, aprende a compartir lo que es y lo que recibe como don, a prescindir de lo superfluo y a estar contenta con lo que encuentra a disposición. Se educa, además, para vivir la corresponsabilidad en el uso de los bienes comunitarios, a elegir la sobriedad y la esencialidad como criterios para su vida personal, a utilizar con transparencia y a rendir cuenta del dinero y a abrirse a las necesidades de los más pobres.

La obediencia:

“Jesús, aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos qué significa obedecer” (Heb 5,8) y también la Hermana aprende a hacer “la ofrenda de su voluntad”¹²³ buscando, en cada pedido, cumplir lo que le agrada al Padre, como Jesús. Ejercitándose con amor en la obediencia, crece en libertad, poniéndose a disposición con responsabilidad y conciencia y habituándose a adherir voluntariamente a los llamados de la obediencia “por Cristo” y por Él sólo.

Para tender a esta pureza de intención, está llamada a ejercitar una actitud de disponibilidad constante hacia todas las mediaciones de Dios en la vida cotidiana, en particular hacia la comunidad en la que vive, la Superiora, las Hermanas y los laicos con quienes colabora en el apostolado: “Libre es aquella persona que vive constantemente atenta para captar en cada situación de la vida, y sobre todo en cada persona que vive junto a ella, una mediación de la voluntad del Señor, aún si es misteriosa. Para esto “Cristo nos ha liberado, para que permaneciéramos

¹²³ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 57.

libres” (Gal 5,1). Nos ha liberado a fin de que pudiéramos encontrar a Dios a lo largo de los innumerables caminos de cada día”¹²⁴.

Es un entrenamiento que puede encontrar dificultades, sobre todo cuando los deseos personales no encuentran correspondencia en las mediaciones.

Ejercitándose cada día en buscar y poner en práctica la voluntad de Dios, la Juniora pone en juego todas sus facultades: mente, corazón y voluntad y permanece disponible a la confrontación y a la dependencia. Es ayudada a ejercitarse en el discernimiento, ya sea aclarándose a sí misma, en la oración y en la confrontación con la Superiora local, eventuales reacciones y resistencias, como participando en los momentos comunitarios en los cuales está invitada a ofrecer su propia contribución, en particular en la elaboración del Proyecto Comunitario y en opciones que conciernen a la comunidad y al apostolado.

La castidad: la castidad es amor y la vida consagrada expresa con ella el amor apasionado por Dios y por los hermanos, hasta renunciar a las exigencias legítimas de la naturaleza y del corazón, a amar de manera exclusiva a una creatura, a tener una familia propia, a tener hijos. Las Hijas de la Caridad están llamadas a cultivar el amor único por Dios, Sumo Bien, para testimoniar que sólo el Creador puede llenar el corazón de la creatura, para “emplear todo el tiempo, todos los cuidados, todos los pensamientos para la Divina Gloria y hacer que todo lo que son y lo que tienen sea total y únicamente dedicado al Señor”¹²⁵.

Totalidad y unicidad: la meta indicada por Santa Magdalena pide a cada Hija de la Caridad, en cada etapa de la vida, no anteponer nada al amor de Cristo Crucificado para donarse gratuitamente y con corazón indiviso a los hermanos, especial-

¹²⁴ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. El servicio de la autoridad y la obediencia, 2008, n. 20/g.

¹²⁵ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 53.

mente a los más necesitados.

Se le presentan a la Juniora las exigencias de la castidad consagrada. Ella es acompañada en su camino de apertura y dedicación a las Hermanas de la comunidad y a cuantos encuentra en el apostolado e invitada a vigilar sus sentimientos y sus relaciones, para que sean vividos por ella de manera libre y serena. La vida fraterna en comunidad, en particular, es el banco de prueba de su conversión cotidiana: del amor posesivo al altruista y oblato.

Es en la comunidad donde la Juniora está llamada a crecer en el sentido de pertenencia a la Familia Canossiana, considerando a las Hermanas como aquellas con las cuales el Señor la invita a caminar, viviendo el mismo carisma. Ella trata de valorar sus dones, aceptar sus limitaciones, considerar la diversidad de edad, de formación, de carácter y de experiencia como una oportunidad para crecer en humanidad y para ejercitar con el corazón de Cristo la acogida, la paciencia, la benevolencia y la amabilidad, también en presencia de dificultades y tensiones. Ejercitada en el amor fraterno en comunidad, la Hermana es encaminada a vivir en el apostolado con el mismo espíritu de Jesús, “amabilísimo, generosísimo, pacientísimo”¹²⁶.

Área afectiva – El ejercicio de los votos de pobreza, obediencia y castidad pone en cuestión la vida afectiva de la Hermana, como la de cada Hija de la Caridad y exige la libertad para dejarse amar por Dios sólo para amar a los demás con el corazón de Dios. La Juniora, quien ya desde el tiempo del noviciado ha buscado “plantar el Crucificado en el corazón”¹²⁷, continúa en el período del juniorado frecuentándolo asiduamente, contemplándolo en su inagotable carga de amor. Fascinada y cada vez más sorprendida de ser meta de un amor sin límites, se deja guiar por una doble certeza: “haber sido infinitamente amada y

¹²⁶ Idem, 24.

¹²⁷ Idem, 133.

poder amar sin límites”¹²⁸. Esta convicción, que brota de la contemplación del Crucificado, engendra en su corazón el gozo de pertenecer a Dios y de ser amada por Él. Con el gozo crece la gratitud por este amor y la voluntad de devolver el bien recibido con la donación generosa de sí.

Junto con este sentimiento de gratitud, maduran en la Hermana también una cierta libertad y autonomía afectiva, que la lleva a la capacidad de releer y reconciliarse con la propia historia pasada y gozar del afecto recibido de tantas personas, reconociendo en ellas un signo del amor generosísimo del Señor.

El camino hacia la madurez afectiva no está seguramente ausente de dificultades y obstáculos, internos y externos; implica la necesidad de hacer un camino de verdad, de reconocer eventuales debilidades en el ámbito afectivo y sexual para aprender a tenerlas bajo control, de vivir la sobriedad de los gestos y de las relaciones y gestionar la soledad afectiva.

La Hermana se encuentra muchas veces luchando con la tendencia de su egoísmo que busca poseer para sí más que donar a los demás. Sostenida y acompañada por quien cuida su formación, aprende a tender a la libertad a través de opciones personales de desapego y de renuncia, de purificación de los afectos y de conversión. Dejándose educar por el Padre, que ve en lo secreto, y tratando de encontrarlo en el silencio y en la soledad, se abre gradualmente para aceptar, “por Cristo”, las exigencias crucificantes del amor. Es siempre Jesús Crucificado quien suscita en ella la voluntad de perseverar en el amor, con la humildad de quien sabe que “lleva un tesoro tan bello en una vasija tan frágil”¹²⁹. La intimidad con Dios, cultivada a los pies de Jesús en la Cruz y en la Eucaristía, la rectitud de

¹²⁸ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *La vida fraterna en comunidad*, 1994, n. 22.

¹²⁹ Magdalena, *Reglas y Escritos*, I, 53.

corazón, la simplicidad de dejarse conocer en la propia debilidad afectiva para poderla superar, son medios eficaces para poder abrirse gradualmente a la disponibilidad de amor con el corazón mismo de Jesús.

Área intelectual – A la Hija de la Caridad, llamada en el hoy a hacer conocer y amar a Jesús a los hermanos, se le pide estar adecuadamente preparada, para dar razón de la esperanza que hay en ella y responder, lo mejor posible, a los desafíos de la cultura contemporánea.

No se trata sólo de estudio, sino de una formación más global, que concierne al camino mismo de la fe y que encuentra su expresión en el compromiso y en la reflexión intelectual.

El fin principal de este aspecto de la formación es por lo tanto la armonía entre fe vivida y fe comprendida. La Hermana como creyente adulta, está llamada a aprender que los dos momentos se alimentan recíprocamente, en cuanto la fe vivida exige y permite ser comprendida, mientras la fe comprendida pide ser expresada en la vida cotidiana.

Este proceso de elaboración de la fe es un verdadero acto espiritual, en beneficio no sólo de su crecimiento personal, sino de toda la comunidad creyente. La Hermana sabe, en efecto, que su primera misión es revelar con la vida la Caridad de Dios contemplada en el Crucificado y anunciarla con convicción en el ámbito de los diferentes ministerios. Por esto tiene la necesidad también de profundizar los conocimientos teológicos, bíblicos y carismáticos y de conocer los cambios socioculturales actuales. También en esta área de formación, se le pide a la Juniora hacer síntesis alrededor del núcleo del carisma canossiano: la identificación del querer y del sentir con Cristo Crucificado, madurando de esta manera la sabiduría de la Cruz.

Durante el período del juniorado, normalmente se le ofrece a la Hermana la posibilidad de completar su **preparación cultu-**

ral, teológica, bíblica, pedagógica, y también de prepararse en orden a la profesión, con estudios adecuados, para el ejercicio del ministerio hacia el cual demuestra una mayor aptitud.

El estudio **carismático** la conduce para profundizar e interiorizar cada vez más la espiritualidad canossiana con sus Modelos: Jesús Crucificado y María Dolorosa, y apreciar su peculiar riqueza. El conocimiento de la historia del Instituto, además, le ofrece la posibilidad de crecer en el sentido de pertenencia a la Familia Religiosa y apreciar la pasión apostólica que desde siempre la ha caracterizado.

La ‘docibilitas’ es una actitud que la Juniora está llamada a cultivar también en el ámbito intelectual, para mantener la mente y el corazón siempre disponibles para crecer en la comprensión de la fe, para conocer en profundidad la cultura contemporánea y para permanecer flexible para aprender nuevas técnicas de comunicación.

Más allá de sus estudios, la Hermana está llamada a reconocer que su “saber” más importante es Cristo y Cristo Crucificado “en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia”(Col 2,3).

- ***Misión apostólica***

Nuestro Instituto es por naturaleza apostólico y el nombre de Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres expresa la doble dirección hacia la cual se mueve el Carisma del más grande Amor que Santa Magdalena contempla en Jesús Crucificado. El apostolado es parte constitutiva de nuestro carisma y en él debe ser formada cada Hija de la Caridad, ya desde los primeros acercamientos a nuestra Familia religiosa.

Si en el noviciado, la novicia es introducida para captar el espíritu apostólico, para conocer los ministerios de caridad propios del Instituto, para comprender la pasión y el estilo con los cuales Santa Magdalena pide vivirlos, en este período la Hermana

aprende a vivir el apostolado como lugar de su formación personal, de modo que evite, ahora y en el futuro, peligrosas dicotomías entre vida de intimidad con Dios y vida donada a los hermanos.

Por esto, durante el período del juniorado, es acompañada para ejercitarse gradualmente en uno u otro ministerio, para hacer experiencia directa, pero sobre todo para formarse como apóstol. Por lo tanto es ayudada a crecer en la conciencia de que en el don de sí a los hermanos necesitados experimenta el amor de Cristo Crucificado que la hace capaz de amar con sus mismos sentimientos. Reconociéndose como Hija y Sierva, la Juniora, acercándose a los destinatarios en el apostolado, aprende a cultivar un amor humilde y servicial, dulce y paciente, imitando a Jesús que “vino no para ser servido, sino para servir”¹³⁰.

La Hermana es ejercitada en los servicios más diversos y educada para recordar “que en la Casa de Dios cada ministerio y cada empleo es siempre grande”¹³¹. Mirando a Jesús Crucificado con los ojos de Santa Magdalena y sirviéndolo con amor en los ministerios, alimenta la pasión apostólica; advierte que, mientras se dona en la gratuidad y en la generosidad es enriquecida por el mismo don y que, mientras evangeliza a los demás, es a su vez evangelizada, especialmente por los pobres y por los más desprovistos.

El apostolado llega a ser formativo cuando conduce a la Hermana a no buscar más que a Dios sólo y su Gloria, purificando su corazón del deseo de gratificaciones, de reconocimientos personales, de complacencias de sí misma y de sus propios dones.

Ella encuentra una válida ayuda para su crecimiento en el espíritu apostólico mediante la verificación con la Superiora de la comunidad. Con ella relee su obrar, evidencia sus dificultades,

¹³⁰ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 205.

¹³¹ Idem, 205-206.

es estimulada a cultivar el espíritu del Instituto en la búsqueda de la Gloria de Dios, en un estilo de humildad, de paciencia, de dulzura, de amabilidad, de celo y de generosidad, poniendo en práctica las virtudes del Siervo. Es alentada para hacer del apostolado el contenido de su oración de intercesión y de humilde pedido de ayuda para poder donar a Dios a los hermanos con corazón libre. Además es formativa para ella la confrontación con las Hermanas de la comunidad apostólica con quienes comparte la misión. De ellas aprende cómo transmitir el carisma en el ejercicio de la actividad ministerial dejándose instruir e iluminar por su experiencia y por su pasión apostólica.

- ***Sentido de identidad y de pertenencia***

El camino formativo del juniorado tiende a reforzar el sentido de identidad en la Hermana quien va reencontrándose a sí misma, su yo y su nombre en el carisma del más grande Amor y en los elementos que lo definen.

Con el crecimiento del sentido de identidad se refuerza también en ella el sentido de pertenencia que es como la faceta comunitaria. La Hermana está llamada a descubrir cada vez más que el proyecto del Instituto ha sido vivido por la Fundadora, Santa Magdalena, y por una comunidad de Hermanas quienes a través de su fidelidad, le permiten ahora reconocer su identidad en el carisma de las Hijas de la Caridad. Este reconocimiento refuerza en ella la decisión de pertenecer al Instituto de las Hijas de la Caridad que advierte cada vez más como su Familia. Siente que es parte viva y mira a la historia bicentenario del Instituto como a su propia prehistoria o a las raíces desde donde ha brotado su vida.

La decisión de formar parte del Instituto se traduce concretamente en la voluntad de vivir junto con las Hermanas que conforman su comunidad porque descubre que, más allá de las diferencias

y más fuerte que los límites personales, hay un proyecto común pensado por Dios y confiado a cada Hermana, proyecto que se hace cada vez más claro en virtud del vivir juntas.

Cuanto más fuerte es el sentido de pertenencia, tanto más se refuerza el sentido de identidad.

Del sentido de identidad la joven pasa, en efecto, al sentido de pertenencia, poniendo en práctica los tres elementos constitutivos del carisma, o sea ejercitándose concretamente y haciendo opciones consecuentes en la experiencia mística, en el camino ascético y en la misión apostólica.

El crecimiento recíproco de estos elementos es criterio de evaluación del camino formativo del juniorado.

Ámbitos

- **La comunidad apostólica – formativa:** la Juniora, que ha emitido los primeros votos, entra a formar parte de una comunidad apostólico-formativa en la que le son garantizadas las condiciones para que pueda continuar su formación espiritual y carismática, comunitaria, apostólica y misionera.

Es delicado el paso de la comunidad formativa del noviciado a la formativa-apostólica en la cual está llamada a asumir la responsabilidad de su crecimiento, ayudada y sostenida no sólo por la Superiora, sino también por las Hermanas de la comunidad ante quienes pone a disposición sus dones, colaborando así con ellas para la construcción de la comunión fraterna.

En la comunidad, experimenta los gozos y el esfuerzo del vivir juntas, de establecer relaciones maduras y evangélicas, de buscar el crecimiento de su propia identidad de Hija de la Caridad, cultivando hacia las Hermanas los mismos sentimientos de Jesús, especialmente la caridad, la mansedumbre, la humildad y la paciencia.

Es responsabilidad de la Superiora Provincial elegir el ambiente en el que, si bien con los infaltables límites de cada contexto humano, el carisma de Santa Magdalena sea verdaderamente vivido y en el que la Hermana pueda ser confirmada en el don de la vocación a la que el Señor la llama. Es signo de madurez el hecho de que la Juniora sepa apreciar el don de vivir en comunidad sin pretender la perfección, aceptando vivir con personas que no ha elegido y por quienes no ha sido elegida.

La Superiora Provincial, eligiendo la comunidad, estará atenta para que en ella se favorezcan caminos de crecimiento comunitarios, para permitir a la Hermana que haga una verdadera experiencia de formación, también a través del uso de algunos instrumentos que hacen a la comunidad cada vez más fraterna y sujeto de la propia formación: la lectio, el discernimiento, el Proyecto Comunitario compartido, la corrección fraterna.

Pondrá atención también en la dimensión apostólica de la comunidad, de modo que la Hermana pueda hacer experiencia de manera positiva en los ministerios propios del Instituto, verificar sus actitudes y su capacidad de colaboración. Junto a Hermanas mayores, animadas por la pasión apostólica, la Hermana puede crecer en la dedicación de sí a los diversos destinatarios, privilegiando en el espíritu de Santa Magdalena a los más desprovistos y pobres, y aprendiendo a reconocer en ellos el rostro de Cristo Crucificado. En contacto con los numerosos laicos que colaboran en los diversos ministerios, tiene la posibilidad de confrontarse con vocaciones diversas y de crecer en la capacidad de diálogo y de relación.

En el tiempo del juniorado, la Superiora Provincial tendrá cuidado de hacer experimentar a la Hermana por lo menos

dos contextos comunitarios, en los que ella pueda enriquecer su experiencia y su capacidad de integrarse en grupos comunitarios diversificados.

- **La Superiora local:** el acompañamiento formativo de la Hermana, en este período de su vida religiosa, es confiado a la Superiora de la comunidad formativa-apostólica. Es ella que cuida particularmente a la Juniora, siguiéndola con solicitud en los diversos momentos comunitarios: oración, encuentros formativos, servicios fraternos y velando también sobre su compromiso apostólico.

La alienta para acoger las diferencias de edad, de cultura, de nacionalidad y de temperamento, haciéndole ver que el verdadero amor pasa a través de la cruz, el perdón y la reconciliación, y ayudándola a reconocer los múltiples aspectos positivos de las Hermanas, sin envidia y pequeñeces. Ella anima a la comunidad para que testimonie la caridad de Jesús Crucificado y el celo por la salvación de cada persona.

La Superiora, encontrando periódicamente a la Juniora, la ayuda a releer su vivencia cotidiana dentro de la vida comunitaria y apostólica a la luz del Amor Crucificado, sostiene su fidelidad en la opción vocacional y en los compromisos asumidos con la profesión de los votos. Está particularmente atenta para alentar a la Hermana a que tienda hacia la unidad de vida, recordándole cuánto Santa Magdalena deseaba a sus Hijas ‘anacoretas y apóstoles’, contemplativas en la acción.

La Superiora, además, realizando procesos de discernimiento, en continuidad con la etapa formativa anterior, verifica la autenticidad vocacional.

Para asegurar la continuidad formativa, en el primer año de juniorado, permanece en diálogo con la Maestra de las Novicias. Cada año, al aproximarse la renovación de los Votos, tienien-

do en cuenta también el parecer de la comunidad, redacta una relación acerca del camino formativo de la Juniora y la envía a la Superiora Provincial, juntamente con el pedido escrito de la Hermana. En base al contenido de la relación, el pedido puede ser aceptado o no.

- **La Formadora a nivel provincial** es la Hermana a quien la Superiora Provincial confía la responsabilidad de programar, coordinar y evaluar el programa formativo de las Hermanas Junioras, en colaboración con el Equipo Provincial. Ella cuida, en particular, las etapas formativas periódicas que podrían prever también una experiencia misionera, fuera de la propia Provincia de pertenencia. Durante su desarrollo, favorece la profundización del carisma, el diálogo personal y de grupo, impulsa la comunicación espiritual y el compartir la vida considerando el camino de las Junioras hacia la integración. Pone en conocimiento a la Superiora Provincial sobre su camino y dialoga también con las respectivas Superiores.

Modalidades

Las modalidades más eficaces de formación, propias del juniorado, son:

- El acompañamiento personal asegurado por la Superiora de la comunidad
- La fidelidad a la vida de oración y la dirección espiritual regular
- Una vida comunitaria en donde la Juniora experimenta, en la cotidianidad, la confrontación con la Palabra, la comunión y el diálogo fraterno, la reconciliación, la alegría y el esfuerzo de la convivencia, la pasión por el Reino
- La realización del proyecto personal, que ayuda a la reelaboración y la verificación de la vivencia personal, comunitaria y ministerial, hacia la unidad de vida

- La participación en el diálogo interreligioso, en los encuentros formativos de Instituto e intercongregacionales

Tiempos específicos

Son ofrecidas anualmente a las Junioras experiencias formativas de grupo, entre las cuales un período prolongado de alrededor de un mes, incluidos los Ejercicios Espirituales y, donde es posible, también un tiempo más largo. Estas oportunidades alimentan el sentido de pertenencia a la Familia más grande y, si fueran a nivel interprovincial y/o intercongregacional, llegarían a ser un intercambio intercultural muy enriquecedor y un nuevo impulso evangélico y carismático de calidad.

Alrededor de tres años después de la Primera Profesión, puede ser ofrecida a la Juniora la oportunidad de una experiencia de grupo más larga, cuyo programa es confiado a las Conferencias Regionales.

Al finalizar la quinta renovación de votos temporáneos, la Hermana puede presentar el pedido de admisión a la Profesión Perpetua, especificando en ella eventualmente su disponibilidad 'ad gentes'. Corresponde a la Superiora Provincial y a su Consejo, en diálogo con la Superiora local y la Formadora Provincial de las Junioras, evaluar el pedido de admisión a la Profesión Perpetua y decidir si acogerlo, si prolongar el juniorado en vistas de un mayor crecimiento o dimitirla, después de un serio discernimiento, realizado con la misma Hermana.

PROFESIÓN PERPETUA

“Te haré mi esposa para siempre” (Os. 2,21)

Significado y finalidad

El camino formativo del juniorado canossiano tiene como finalidad última preparar a la Juniora para elegir para siempre como único Bien a Dios sólo en Jesús Crucificado, dentro de nuestro Instituto.

La Profesión Perpetua es el momento culminante del proceso de discernimiento, iniciado con el acompañamiento y la orientación vocacional y continuado luego en los años del postulante, del noviciado y del juniorado. Es la opción fundamental y definitiva de la vida y de la libertad de las Hijas de la Caridad; un gesto total y totalizante que abraza su vida, su ser y su obrar. Con ella la Hermana pone para siempre su existencia al servicio de Dios y de la Iglesia en el Instituto, haciendo profesión pública de castidad, pobreza y obediencia, en el espíritu de Cristo Crucificado.

La Profesión Perpetua lleva a plenitud la consagración bautismal: Dios estrecha hacia sí a la Hermana y refuerza la alianza de amor ya existente y que ahora es sellada con el nombre nuevo de Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres. La Hermana que emite la Profesión Perpetua es definitivamente acogida e insertada en nuestro Instituto al cual se confía con todo el corazón – como dice la fórmula de la Profesión – “para tender en la humildad a la perfección de la Caridad”, para la Gloria de Dios, al servicio de la Iglesia, para el bien de los hermanos, particularmente los más pobres.

Criterios de admisión

Para admitir a la Profesión Perpetua, además de los principios previstos por el Derecho Común¹³², es necesario que se reconozcan en las Hermanas aptitudes maduradas en el camino recorrido anteriormente.

Ante todo, la progresiva identificación del propio yo con el carisma de las Hijas de la Caridad – Siervas de los Pobres, y de su proyecto de vida con el proyecto carismático en sus componentes características. No basta la decisión de vivir el don de la vocación, la Hermana debe también sentir amor por ella y reconocer en ella la verdad del propio yo.

En particular, es necesario discernir la aptitud específica para vivir:

- ✓ **La experiencia mística** de la Hija de la Caridad Canosiana, cultivada en la contemplación constante y amorosa de Jesús Crucificado, el Modelo para penetrar con el corazón y para traducir en la vida cotidiana
- ✓ **El camino ascético** de quien está llamado a tener los mismos sentimientos del Hijo, para conducir “una vida sujeta, humilde y escondida y toda comprometida en buscar la Divina Gloria y la Salud de las almas. Se trata además de animar todas las acciones y obras con el Espíritu de Jesucristo, Espíritu de caridad, de dulzura, de mansedumbre, de humildad, espíritu de celo y de fortaleza, espíritu amabilísimo, generosísimo y pacientísimo”¹³³, para vivir como verdadera Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres.

¹³² Cfr Código, can. 657-658.

¹³³ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 23.

- ✓ **La pasión y el espíritu apostólico** de nuestro Instituto en la voluntad de realizar el anhelo de la Fundadora, ‘sobre todo hagan conocer a Jesucristo’, en la disponibilidad para ir donde mayor es la necesidad de educación, de instrucción religiosa y de pastoral de la salud, ‘imitando en la ejecución’ y según los ejemplos y el espíritu del Crucificado, testimoniando un amor preferencial por los pobres.
- ✓ **Madurez y libertad afectiva** para amar con corazón grande a las Hermanas y a los destinatarios de los ministerios, para cultivar compasión por quien sufre, para servir con humildad y generosidad, para descubrir el rostro de Jesús en cada persona.
- ✓ **Aptitud para vivir en comunidad**, en la acogida cordial e indistinta de cada Hermana, en la aceptación recíproca de la diversidad, en la disponibilidad para la comunicación y para compartir los bienes espirituales y materiales, en la apertura al perdón y a la reconciliación para crecer juntas en la fidelidad al don recibido.
- ✓ **Buen conocimiento de sí y suficiente libertad interior** de corazón, mente, voluntad, unida a la capacidad de controlar los propios aspectos menos maduros y a la disponibilidad a la ‘docibilitas’, o sea a una continua conversión, para que la formación de la Hermana sea permanente.
- ✓ **Madurez espiritual e intelectual** de la mujer creyente, que vive y profundiza su fe, de la humilde discípula del Crucificado que vive descubriendo y enamorándose de la sabiduría de la cruz, de la educadora de la fe que comparte su fe y su sabiduría y se deja evangelizar por la fe y la sabiduría de los demás, del apóstol que hace experiencia de Dios mientras se dona en el apostolado.

Preparación inmediata para la Profesión Perpetua

Consciente de la seriedad y responsabilidad que la Profesión Perpetua conlleva, el Instituto considera indispensable garantizar a la Hermana admitida un tiempo adecuado y prolongado de preparación en un ambiente que asegure un clima de silencio, de oración y de recogimiento.

La Hermana debería poder vivir una experiencia particularmente significativa, que, a través de la comprensión y de la asimilación de los valores de la vida religiosa canossiana, le permita llegar a una síntesis de naturaleza experiencial. En la oración y en el silencio, debería ser capaz de releer y de evaluar su vida, captando la historia original que Dios ha escrito, una historia de amor y de predilección que ahora culmina espontáneamente en la decisión de pertenecer totalmente y para siempre a Él.

La Profesión Perpetua es la meta natural de ese proceso de atracción y de seducción divina que la Hermana ha experimentado en sus años de preparación; el redescubrimiento del amor fiel y sin medida de Dios la lleva, por consiguiente, a la entrega total de sí por su amor. La Hermana responde al amor de Dios con su gesto de amor en la certeza de que ese Dios que la ha llamado a nuestro Instituto de Caridad “cumplirá la obra de su Misericordia” en la medida de su confianza y de su abandono, y que nada podrá separarla del amor de Jesús Crucificado que se ha entregado a sí mismo por amor.

El tiempo fuerte de la preparación a los Votos Perpetuos dura habitualmente al menos dos meses y el camino de preparación es confiado por la Superiora Provincial a una Hermana ayudada por un equipo formativo. En el programa acordado están previstos aportes también de expertos en el ámbito espiritual y carismático. Antes de la Profesión Perpetua, se ofrece a la Hermana un curso de Ejercicios Espirituales.

Para ser admitida a la Profesión Perpetua, la Hermana envía a la Superiora Provincial el requerimiento en el cual, con el pedido de ser acogida definitivamente en nuestro Instituto, expresa las motivaciones que la mueven y la maduración espiritual y carismática que considera haber alcanzado.

Corresponde a la Superiora Provincial con el consentimiento de su Consejo, y con la ratificación de la Superiora General, admitirla a la Profesión Perpetua.

FORMACIÓN PERMANENTE

*“El Señor es la parte de mi herencia y mi cáliz:
Tú decides mi suerte”
(Sl. 16, 5)*

Significado y finalidad

Santa Magdalena de Canossa, nuestra Fundadora y Madre, en el Prefacio de la Regla Extensa describe bien la finalidad a la cual está llamada cada una de nosotras en su camino de consagración. Una finalidad ‘alta’, un “se trata de algo más”¹³⁴, que pareciera inalcanzable sin el don de la vocación y la certeza de la gracia divina. No se trata sólo de vivir el mandamiento del amor hacia Dios y hacia el prójimo, sino de vivirlo a la manera del gran Modelo, ejercitándose en sus virtudes, con sus mismos sentimientos.

La Formación Permanente es para nosotras exigencia intrínseca a la misma llamada para llegar a ser una nueva creatura. Es acción del Padre que forma en cada una de nosotras el corazón del Hijo y nos guía hacia la conformación, nunca plenamente realizada, con Cristo Crucificado. La Formación Permanente, conducida por Dios sólo, nuestro Padre y Maestro, es por lo tanto don seguro y constante.

Es un proceso continuo y cotidiano que se desarrolla a lo largo de toda la vida e involucra a toda la persona: corazón, mente y energías. La Formación Permanente requiere la ‘docibilitas’, o sea la disponibilidad de cada una de nosotras a considerar todo lo que vive, cada edad y etapa de la vida, cada actividad y relación, la oración como la misión, la salud como la enfermedad, cada ambiente y situación, también aquellas difíciles y

¹³⁴ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 23.

aparentemente adversas como tiempo y oportunidades de formación. Para cada Hija de la Caridad todo puede ser formativo, en la medida en que cada una es protagonista de su propia formación, ejercita la libertad para dejarse instruir por la vida y para toda la vida, a la luz del Misterio Pascual. La Formación Permanente es la condición indispensable no sólo para que el carisma se mantenga vivo, sino para que se enriquezca con nuevos matices ligados a las características peculiares de cada Hermana. Si es vivida con fidelidad, conduce a los miembros del Instituto a ser signo significativo para los jóvenes y para los destinatarios de nuestros ministerios, revelando la belleza de una vida consagrada, donada al Amor más Grande.

Sujetos en formación

Todos los miembros de nuestro Instituto, sin exclusión alguna, son sujetos de la propia Formación Permanente. Cada una de nosotras, que en el período de la Formación Inicial se ha encaminado a aprender la ‘docibilitas’, tiene el deber de continuar el proceso de autoformación en el tiempo sucesivo a la Profesión Perpetua, sirviéndose de todas las ocasiones, ordinarias y extraordinarias. Ninguno puede sustituirnos en el compromiso de vivir los mismos sentimientos de Jesús y de tender a la plenitud del Amor, contemplado en el Crucificado. Cada día, por lo tanto, estamos llamadas a renovar nuestra libre respuesta a la llamada, como discípulas de Cristo, enviadas a ser apóstoles entre los hermanos más necesitados de educación, de evangelización y de asistencia.

Se le pide ahora a la Hermana que con la Profesión Perpetua ha manifestado el deseo de responder a la llamada ‘ad gentes’, que se prepare adecuadamente al nuevo mandato misionero,

en fidelidad a las Resoluciones del XV Capítulo General¹³⁵, que conciernen “al discernimiento, al proceso de decisión y la formación, incluyendo la realizada en los países de misión”.

Cada Hermana, que vive con corazón de peregrina, sabe que la meta de la formación: la identificación con el gran Modelo, podrá ser alcanzada sólo al final de la existencia, con la fidelidad a la Gracia.

Objetivos

La Formación Permanente está dirigida a consolidar el proceso de crecimiento de la Hija de la Caridad hacia la plenitud del amor y tiende a hacerla más flexible para aprender de la experiencia y a sentirse responsable de la fidelidad al Evangelio, de la vivacidad del carisma, de la vocación personal, de la comunidad y de la misión, frente a nuevos desafíos relativos al rápido cambio socio-cultural.

La atención prioritaria de la Formación Permanente es la de potenciar en cada una de nosotras la ‘docibilitas’, o sea la continua disponibilidad de ‘aprender a aprender’, dejándose educar y formar por la vida con su imprevisibilidad, mientras caminamos hacia la identificación con Cristo Crucificado. En la Canosiana la ‘docibilitas’ llega a ser sabiduría de la Cruz.

Después de la Profesión Perpetua, estamos llamadas con mayor conciencia a proseguir en el proceso de integración de nuestra historia para captar allí la acción formativa de Dios, siempre presente y operante, aunque no siempre de manera patente. El conocimiento de nosotras mismas nunca es plenamente alcanzado, ni se alcanza de una vez por todas, en cuanto cada persona es ‘misterio’. Es buscado día tras día, en el cambio de

¹³⁵ Cfr XV Capítulo, Resoluciones, n. 3, 22.

las circunstancias y en el descubrimiento de aspectos nuevos, así como se manifiestan en las diferentes etapas de la vida. Se trata de construir y de reconstruir la propia vida y el propio yo alrededor de aquel centro vital y significativo que, para la Hija de la Caridad, es la Cruz de Cristo.

En tal sentido, cada acontecimiento, cotidiano o extraordinario, es para nosotras posibilidad de purificación y de crecimiento, para hacer de toda nuestra vida un proceso de conversión continuo y de profundización de nuestra identidad carismática.

La Formación Permanente es ante todo gracia que viene de lo alto cada día, don seguro, infalible y providencial¹³⁶.

Lugares de formación

Dos son principalmente los lugares carismáticos en los cuales se realiza la Formación Permanente de la Hija de la Caridad: la comunidad apostólica y la misión.

Según el carisma que nos ha transmitido nuestra Fundadora, Santa Magdalena de Canossa, hemos nacido como comunidades apostólicas en las cuales la santificación de los miembros se realiza en el ejercicio de la Caridad hacia Dios y hacia el prójimo, extraída del Corazón de Jesús Crucificado y vivida con sus mismas características. Una Caridad que, cultivada constantemente en la comunidad, llega a ser dinamismo eficaz en el desarrollo de los Ministerios de Caridad.

En estos dos ámbitos, cada una de nosotras encuentra cada día la ocasión para crecer en el Amor más grande.

- **La comunidad apostólica** – La comunidad es el lugar privilegiado de la Formación en cada etapa de nuestra vida. En ella encontramos los medios oportunos para vivir con autenticidad el camino de crecimiento “en la

¹³⁶ Cfr Cencini, Formación, 33.

imitación singular de Jesucristo Crucificado, que no respira más que Caridad¹³⁷. Es Dios quien, para realizar su proyecto de amor, reúne a personas de diferente edad, formación, carácter, cultura, experiencia y las llama a vivir el mismo carisma de la Caridad. Las diferencias personales, lejos de ser un obstáculo para el crecimiento, son providencialmente provocación y estímulo para la superación de los propios límites y para la disponibilidad para dejarse educar y formar por la riqueza y también por la pobreza de los otros miembros.

Para crecer juntas en la comunidad, con las Hermanas y gracias a las Hermanas, estamos llamadas a sentirnos corresponsables las unas de las otras. Si cada una, en efecto, es responsable de su propia formación personal, todas estamos interpeladas para compartir el camino de madurez de quien camina a nuestro lado, para sostenernos en el compromiso común de identificarnos con Cristo Crucificado, llegando a ser mediación de la intervención formadora de Dios.

De la misma manera, todas somos corresponsables de la construcción de la comunidad, de la vivacidad de su vida espiritual, de la fidelidad al Evangelio y al carisma, de la fraternidad, del estilo amable y acogedor que manifiesta, del clima de simplicidad y de gozo que en ella se respira. Todas de la misma manera estamos invitadas a ser constructoras de comunión y, sin soñar la comunidad perfecta, recordamos cuanto afirma Santa Magdalena: que “cualquier unión, la más bella, la más santa, la más perfecta, estando formada por personas humanas, por hombres y mujeres cambiantes, necesariamente lleva a encontrar en ella defectos, debilidades,

¹³⁷ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 93.

ignorancias...”¹³⁸. Cada realidad comunitaria, en efecto, no está libre de esfuerzos, de tensiones, de dificultades. La cruz nos remite al gran Modelo quien, justamente por medio de ella, nos ha salvado.

Dentro de la comunidad, quien está llamada a desempeñar el servicio de la autoridad tiene la singular responsabilidad de suscitar y cultivar la corresponsabilidad de sus Hermanas. Es deber específico de la Superiora, también ella llamada a cuidar su propia formación personal, promover y activar todos los instrumentos y momentos comunitarios aptos para favorecer el compartir los valores evangélicos y carismáticos.

Para este fin ella trata de promover la mentalidad de fe y de esperanza, y la práctica de una obediencia compartida y responsable.

Además, la Superiora de la comunidad favorece procesos de diálogo en varios ámbitos para alcanzar la “sabiduría de la Cruz” compartida; deja espacio a las aspiraciones de los demás y a lo diverso y, viviendo la subsidiariedad, no sustituye a las Hermanas en las decisiones que están llamadas a asumir personalmente¹³⁹.

- **La misión** – Todas las comunidades de las Hijas de la Caridad, apostólicas por naturaleza, tienen en común la misión por excelencia, o sea la puesta en práctica de la Caridad contemplada en Cristo Crucificado. En la mayoría de ellas se ejercen los ministerios propios del Instituto, individualizados por Santa Magdalena como respuesta siempre actual a las necesidades del hombre de todo tiempo, a lo largo de toda su existencia.

¹³⁸ Idem, 94-95.

¹³⁹ Cfr XV Capítulo, Resoluciones, 12-13.

Los Ministerios son lugares de verdadera y propia Formación Permanente, en los cuales nos ejercitamos para “imitar en la ejecución del segundo precepto de la Caridad al Divino Salvador”¹⁴⁰.

En ellos Dios se nos revela a nosotros de manera singular, de modo que podamos vivir su particular e inédita experiencia, de la misma manera que la vivió Santa Magdalena que, en el servicio a sus pobres, encontraba al mismo Jesús contemplado en la oración.

La dedicación ministerial nos ofrece la oportunidad de vivir las virtudes de Jesús en la cruz: el celo, la paciencia, la mansedumbre, la humildad, la gratuidad, y de crecer en el espíritu de fe, contemplando en los destinatarios el mismo rostro de Jesús Crucificado.

Cada una de nosotras cultiva su vocación de Caridad, privilegiando a los pobres, a los más necesitados, a aquellos que hoy tienen el rostro de los inmigrantes, de los jóvenes que no encuentran sentido a la vida, carentes de valores, de cuantos sufren por falta de trabajo, de casa, de vida digna.

Nos dejamos provocar por nuestros destinatarios para “vivir como peregrinas, desapegadas de todas las cosas”¹⁴¹, y nos hacemos potencialmente disponibles para dispersarnos “por todo el mundo”¹⁴² para replantear nuestra humanidad en una relación de reciprocidad y en la nueva comprensión del Evangelio. Mientras nos dedicamos al ministerio que se nos ha confiado, nos formamos juntos en la interacción con los destinatarios y con los colaboradores; tenemos la oportunidad de dar y de recibir, y de ser testigos del Amor más grande. Trabajando con las Her-

¹⁴⁰ Magdalena, Reglas y Escritos,, I, 43.

¹⁴¹ Magdalena, Epistolario III/4, 2735.

¹⁴² Idem, III/1, 154.

manas y con los laicos, somos estimuladas a crecer en la capacidad de colaborar, de dialogar, de confrontarnos, de llegar a ser más creativas en descubrir caminos eficaces para hacer conocer y amar a Jesús¹⁴³.

Además, también la vida eclesial y los contactos sociales, requeridos por nuestra vocación apostólica, sirven de estímulo y de confrontación para llegar a ser lo que estamos llamadas a ser.

Contenidos y dimensiones

La finalidad principal de la vocación de las Hijas de la Caridad – Siervas de los Pobres consiste en el cumplimiento de los dos grandes preceptos de la Caridad: amar a Dios y amar al prójimo. Como Hijas estamos llamadas a amar a Dios “con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas” (Dt. 6,5) y tener para con Él “un reverente, tierno, filial amor” y, como Siervas, “debemos a los pobres todos nuestros cuidados, fatigas, atenciones y nuestros pensamientos”¹⁴⁴.

Es la totalidad de nuestra persona, de Hijas y de Siervas, la que está puesta en cuestión y nuestra Formación permanente debe llevarnos a acciones concretas en la doble dirección del amor para con Dios y para con el prójimo.

Cada una de nosotras es interpelada para profundizar, a lo largo de toda la existencia, tres atenciones particulares:

- **La vida en el Espíritu** – tenemos el deber prioritario de cuidar nuestra vida espiritual, de “estar bien fundamen-

¹⁴³ Cfr Magdalena, Reglas y Escritos, I, 180.

¹⁴⁴ Idem, 23.

tadas interiormente”¹⁴⁵ y de cultivar una sólida mentalidad de fe con la cual leer cada acontecimiento de la vida. Estamos llamadas a tener los ojos fijos en Cristo Crucificado, con la fidelidad a la meditación y a la contemplación cotidiana, buscando interiorizarlo a tal punto que todo llegue a ser inexplicable sin Él y sin su amor. Lo buscamos asiduamente frecuentando la Palabra de Dios para hacer nuestros los criterios, las actitudes y los sentimientos del Hijo, y nos confrontamos con ella para comprender y reducir la distancia entre lo que somos y lo que, como Hijas de la Caridad, estamos llamadas a ser. Nos alimentamos cotidianamente de la Eucaristía para aprender la lección del amor “sin medida”¹⁴⁶, para traducirlo en el don de nosotras mismas y en las relaciones interpersonales. Cada una de nosotras valora el sacramento de la reconciliación, la reconciliación fraterna y “no permite que la noche la sorprenda enojada” (Ef. 4, 26).

Permaneciendo a los pies de la Cruz, tratamos de conocer y amar cada vez más a María, descubriéndola como Madre que en nosotras engendra el Amor más grande. Es, en efecto Ella, la Madre de Jesús en la Cruz, la que nos puede formar como discípulas del Crucificado. Defendemos con responsabilidad los tiempos prolongados de oración que la Regla de Vida nos ofrece: el Retiro mensual, los Ejercicios Espirituales y buscamos espacios cotidianos de silencio, para reencontrarnos a solas con Dios y crecer en la sabiduría de la Cruz.

- **La dimensión misionera, apostólica y ministerial** – involucradas en la misión de la Iglesia y dejándonos provocar por el amor de Cristo Crucificado (cfr 2 Cor. 5,14),

¹⁴⁵ Idem, 204.

¹⁴⁶ Magdalena, Reglas y Escritos, II, 182.

ponemos a disposición de los destinatarios en los diversos ministerios nuestros dones y nos interrogamos acerca de la coherencia de nuestro obrar en fidelidad al carisma recibido. Advertimos la necesidad de poner al día los contenidos y los métodos de nuestro apostolado, tanto sea desde el punto de vista doctrinal como profesional. Nos dejamos interpelar por los varios desafíos que la historia nos propone y en ella tratamos de captar lo inédito para individualizar nuevas modalidades de respuesta.

- **La dimensión carismática** – llamada por don a la especial conformación con Cristo Crucificado, sobre el ejemplo de María Santísima Dolorosa, cada una de nosotras busca perseguir esta finalidad carismática, también a través de la profundización de sus aspectos: místico, ascético y apostólico.

Revivimos continuamente en nosotras la experiencia de “Dios sólo” y de la búsqueda de su Gloria y, como Santa Magdalena, buscamos crecer en el espíritu del Instituto que es el “de estar desapegadas de todo y de todos, y dispuestas por el divino servicio, a ir a cualquier país aún el más lejano”¹⁴⁷.

Nos acercamos responsablemente al patrimonio carismático de nuestra Familia Religiosa, para captar cada vez mejor su espíritu; recorreremos con interés la historia bicentenaria del Instituto, para dejarnos interpelar y sorprender por la pasión apostólica y misionera que la caracteriza; volveremos con gozo a las fuentes del carisma del “más grande Amor”, para reconocer en él nuestra fidelidad y crecer con gratitud en el sentido de pertenencia a la Familia de las Hijas de la Caridad – Siervas de los Pobres.

¹⁴⁷ Magdalena. Epistolario, II/1, 266.

Formación Permanente ordinaria y extraordinaria

Formación ordinaria – La verdadera Formación Permanente es la ordinaria, que se lleva a cabo en lo cotidiano y consiste en la disponibilidad de la Hija de la Caridad para aprovechar cada situación y momento para perseguir la meta de la vocación canossiana: la identificación con Cristo Crucificado. Ella se realiza en la propia realidad comunitaria y ministerial, allá donde la Canossiana está llamada a vivir. Siempre y en cada lugar cada una de nosotras encuentra las ocasiones para su continua formación, que es ante todo responsabilidad personal.

No hay nada en nuestra vida de cada día que no tenga un valor formativo: la casa en donde habitamos con su pobreza y riqueza, el deber que nos ha sido confiado, ya sea que responda o no a nuestro gusto, nuestra relación con las Hermanas con las que nos encontramos viviendo en fraternidad, Hermanas que no se han elegido entre ellas, sino que han sido convocadas por el Señor y por Él llamadas a seguirlo en la misma Familia religiosa; la confrontación y el diálogo con quien está llamada a mediar la voluntad de Dios en comunidad; los imprevistos cotidianos y sus llamados a la obediencia; el esfuerzo en el obrar; la salud o el malestar pasajero, como también el más serio. Todo lo que la vida presenta es para nosotras ocasión para vivir la asimilación a Jesús Crucificado, en el ejercicio y en el compartir sus sentimientos.

Lo que realmente forma es la conciencia de que cuanto vivimos tiene siempre una relación con la meta a la que la Hija de la Caridad tiende, y que de su libre opción depende la valoración en perspectiva formativa. Estamos llamadas a vivir el Misterio Pascual de muerte y resurrección, donde podemos experimentar la lucha y la victoria sobre nuestro yo, el esfuerzo y el gozo de un sacrificio o de una renuncia aceptada por amor. También las derrotas, nuestros límites, el mismo pecado pueden ser para nosotras lugares y oportunidades de renovación y de

formación, si son vividos en la búsqueda del Amor más grande, encerrado en el Corazón de Cristo Crucificado.

Cada una es responsable de esa Formación Permanente ordinaria.

Formación extraordinaria – La Formación Permanente extraordinaria es la que nos es ofrecida con la posibilidad de participar en cursos de ‘aggiornamento’ ministerial y pastoral, en seminarios bíblicos o carismáticos, en jornadas de interés cultural para la comprensión del mundo actual y de las nuevas generaciones, etc. Son para nosotras ocasiones de enriquecimiento personal, que pueden constituir un momento de reencontrado entusiasmo para la misión de anuncio, de compromiso educativo, de cercanía al que sufre. Tienen la finalidad de reavivar en nosotras el amor al carisma y suscitar un renovado compromiso en nuestro camino de identificación con Cristo Crucificado. La participación en estos momentos es un don que no es sólo para nosotras mismas, sino que compartimos responsablemente con las Hermanas de nuestra comunidad, y de la cual sacan también provecho los destinatarios de nuestros ministerios.

Si las iniciativas extraordinarias de ‘aggiornamento’ y de renovación ministerial y carismática son un precioso aporte para la Formación Permanente, no podemos olvidar nunca que ellas servirían poco si no estuvieran sostenidas por el compromiso cotidiano de buscar el rostro de Dios sólo revelado en Jesús Crucificado.

Responsables particulares de la Formación Permanente extraordinaria son las Superiores a nivel General y Provincial. Es su deber organizar y proponer a las Hermanas estos momentos especiales e indicar también propuestas válidas fuera del Instituto y de la Provincia.

Queda además confiada a la responsabilidad de cada una individualizar y proponer experiencias formativas significativas, en sintonía con la propia opción de vida y el mandato apostólico.

Tiempos fuertes

La Formación Permanente se realiza en el tiempo, entendido no como una sucesión de hechos ocasionales y de acontecimientos, sino como un tiempo habitado por Dios, una ocasión favorable de salvación. El tiempo es en efecto un alternarse de fases de crecimiento diferentes, cada una de las cuales tiene características propias para tener en cuenta en el ámbito de la Formación Permanente. Cada período de la vida requiere, desde el punto de vista formativo, compromiso adulto y maduro, paciente y perseverante de parte de la Hija de la Caridad, atenciones pedagógicas y propuestas atentas de parte del Instituto.

Los tiempos de prueba – Cada etapa de la vida tiene su particular belleza, y también sus dificultades y sus crisis, que pueden ser, para cada una de nosotras, gracia o debilidad. Todo depende de la actitud interior que asumamos frente a la prueba y de la percepción que tenemos de ella. Es necesario, en este sentido, captar la potencialidad positiva de la prueba, entendida como momento vital, ocasión de cambio y de transformación frente a una dificultad. La Hija de la Caridad sabe captar la gracia propia del momento y vivir gozosamente reconciliada con el tiempo que transcurre, acogiendo sin lamentaciones, los cambios que ello conlleva. En cada etapa de la vida, sin embargo, pueden vislumbrarse momentos de crisis, de turbación, de pérdida de sentido a causa de elementos externos (cambios de roles, obediencias difíciles, cambio de una comunidad a la otra, fatiga o frustración apostólica...) o también factores más propiamente personales (problemas de adaptación progresiva a las cambiantes situaciones y edad de la vida, de relaciones interpersonales, de aridez espiritual, de crisis de identidad, de camino vocacional, ... enfermedad, duelos familiares...). Cuando la crisis se hace más aguda, tenemos la necesidad de ser particularmente sostenidas tanto individual como comunitariamente.

Además de la Superiora, o de una Hermana capaz de acompañamiento, es positivo poder recurrir a un válido director espiritual o cuando sea necesario a un especialista. Estas personas nos pueden ayudar a comprender nuestras dificultades, a encontrar las motivaciones de nuestra opción vocacional y a redescubrir, a la luz del Crucificado, la invitación a dejarnos amar, también a través de la prueba que, si por una parte conlleva sufrimiento y despojo, por la otra puede hacernos más libres y abiertas a la búsqueda de lo esencial. La lucha que la Hermana sostiene en este momento de la vida, vivida como lucha con Dios, que tiene pensamientos que no coinciden con los nuestros, y aceptada en la fe y en la confianza en Él, Padre misericordioso, puede abrir nuevos horizontes y llegar a ser medio de mayor comprensión hacia los demás y de fecundidad apostólica.

En estas situaciones, la comunidad canossiana está llamada a hacerse regazo acogedor, de modo que la Hermana, en el tiempo de crisis, se sienta sostenida y rodeada de sincera comprensión y de calor humano.

También esta mediación es deseable en una praxis de Formación Permanente cotidiana.

Llega a ser entonces indispensable que en nuestras comunidades se alimente una cultura de la atención y de la discreción amable, inteligente y vigilante, atenta y prudente, que acompañe la crisis sin culpabilizar, y asuma este tiempo como posibilidad de crecimiento dentro de la comunidad. Esta modalidad no puede estar pensada como un acto aislado y excepcional, sino que debe pertenecer al tipo de atención y de servicio que nuestra Familia religiosa ponga a disposición de cada Hija de la Caridad y que forme parte de la Formación Permanente. Dentro de esta cultura, la vida es un camino de formación constante, en donde la preocupación principal es la de tener alta la tensión vocacional y la referencia a los valores.

El instrumento privilegiado para enfrentar la crisis es por lo tanto la relación interpersonal, que implica dedicación de tiempo y de energías, discreción, atención totalmente concentrada en la otra, posibilidad para la Hermana de abrirse, de “narrarse”, de expresar todo de sí, sin apuro. Cada Hija de la Caridad es responsable del ‘cuidado’ de la Hermana en dificultad; está llamada a expresar atención y empatía, sobre todo con el diálogo. La prueba es un desafío para acoger como Gracia de conversión y de crecimiento.

Consideramos las principales etapas que caracterizan el camino de cada Hermana.

- **Los primeros cinco años desde la Profesión Perpetua:** este tiempo marca el paso de una formación guiada a una experiencia de mayor responsabilidad personal, tanto sea en la vida espiritual como en la comunitaria y apostólica. La Hermana debe aprender a reorganizar el tiempo y a armonizar los diversos compromisos de oración, de vida comunitaria y apostólica. Se compromete a discernir, actuar y verificar, también a través de las dificultades, las exigencias de la consagración y de la misión y a tomar cada vez más conciencia del propio modo de ser fiel al Señor y de su continuo devenir Hija de la Caridad – Sierva de los Pobres, en el seno de una comunidad y en los ministerios

Una o dos veces en el año, durante cinco años, encuentros formativos de oración, de reflexión y diálogo con expertos – donde sea posible - y con Hermanas ricas en experiencia, tienen la finalidad de ayudar a la joven profesa a adquirir una ulterior capacidad de síntesis, muy importante para su crecimiento. Al finalizar los primeros 5 años, el camino recorrido es releído y verificado, en un período prolongado de reflexión y con la ayuda de un guía válido, en una experiencia fuerte de grupo. La Superiora Provincial promueve esta iniciativa.

En los años sucesivos se continúa la experiencia de propuestas guiadas con ritmos y contenidos proporcionados por las mismas Hermanas y aprobados por la Superiora Provincial.

- **Los primeros diez años desde la Profesión Perpetua:** nuestra consagración, con el pasar del tiempo, tiene cada vez más necesidad de ser reconsiderada y verificada. En efecto, “la comprensión y la vivencia de los Votos varían en las diferentes etapas de la vida: la vida presenta nuevos interrogantes, las condiciones históricas y existenciales presentan nuevos desafíos. El modo de entender y vivir la vida consagrada debe integrar los desafíos y responder a los interrogantes, de manera integral, creando una nueva historia que no cristaliza los Votos en el formalismo, sino que continúa la renovación de la propia adhesión a Cristo”¹⁴⁸. En este período de la vida, se tiene la necesidad de “algo sólido que libere del dar vueltas en el vacío o de un vagar sin sentido”¹⁴⁹.

El principal deber evolutivo es entonces la generatividad¹⁵⁰, o sea la aptitud de cada Hija de la Caridad para ocuparse de los otros, la atención y la capacidad para utilizar las propias habilidades productivas para el bienestar de los otros, en una óptica ministerial de servicio, de cuidado y de eficacia. Para superar la tendencia a utilizar los propios dones de manera egocéntrica o protagónica, a vencer la tentación de la costumbre y de la autonomía, la disminución del impulso y de la alegría, cada una de nosotras está llamada a motivarse de nuevo y a volver a recorrer su vida a la luz del Evangelio y del carisma, a captar el sentido de la maternidad espiritual, abierta al mundo, y a resignificar el valor de la fraternidad y de la misión.

Corresponde a la Superiora Provincial ofrecer un tiempo

¹⁴⁸ XV Capítulo, Resoluciones, 11.

¹⁴⁹ A. Manenti, *Vivir los ideales/2*, Boloña 2003, 117.

¹⁵⁰ Cfr E.H. Erikson, *Infancia y sociedad*, Roma 1982, 249-250.

específico de profundización y de confrontación que pueda recuperar en la Hermana la opción originaria y reforzar la pasión por el Reino, haciendo la vida más auténtica. Para este fin se consideran válidos el mes ignaciano, un breve tiempo sabático, un período carismático de renovación en un centro del Instituto.

- **Los veinticinco años de la entrada:** el camino recorrido puede permitir a la Hermana advertir, a nivel profundo, tanto sea la unidad de vida como el gozo de pertenecer al Instituto. Es positivo que cada una de nosotras tenga la posibilidad de celebrar la fidelidad de Dios en su vida junto a la comunidad y, posiblemente, también con la Provincia a la que pertenece. Esta etapa comporta normalmente una nueva consideración de los valores anteriores y coincide con la curva descendente de la parábola de la vida. En este período se dan cambios físicos y biológicos y nace un diferente sentido del tiempo.

Es también el momento de los balances, acerca de la propia vida espiritual, afectiva, relacional, ministerial y social. Es deseable que la Hermana advierta haber alcanzado un sano equilibrio entre estos diversos aspectos de la existencia y del don de sí, que la ayude a profundizar cada vez más la propia fecundidad y maternidad espiritual, para la realización de su ser mujer consagrada en favor de los hermanos y de las hermanas a quienes es enviada. Crecen, en efecto, en este período, la madurez humana y una sabiduría de vida que llegan a ser aspectos preciosos en las relaciones comunitarias y apostólicas.

Sin embargo, es también posible que, en esta etapa, la Hermana viva de manera más fuerte algunas dificultades, como la soledad, la disminución de la tensión espiritual, la desconfianza hacia lo 'nuevo', la disminución del aprecio de la comunidad, etc.

El período de la edad media puede ser entonces un tiempo favorable para vivir bien lo cotidiano, se llega así a la 'po-

breza ofrecida': las decepciones y los fracasos llegan a ser punto de partida para una nueva etapa de vida.

El núcleo central para una buena calidad de la vida en esta fase depende de una correcta y vivificante relación con lo cotidiano. Vivir el hoy significa hacer unidad de vida alrededor del propio pasado, agradecidas y contentas por el presente, en fidelidad a un futuro para mirar con esperanza¹⁵¹.

Esta situación de vida no es ansia, ni necesidad de éxito o garantía de una imagen o de poder, sino que se configura como experiencia de paz. La Hermana que vive bien lo cotidiano vive en la paz.

Otro deber evolutivo de esta etapa es prepararse a una espiritualidad de la ancianidad: es justamente en la edad media que se conoce por experiencia la propia precariedad. Si no se comienza en este período a familiarizarse con el avanzar de la edad, puede resultar luego muy difícil transformar las derrotas en ganancia, en términos de crecimiento espiritual y de formación. En esta delicada y rica fase de la vida, tenemos también la responsabilidad de dar nuevo vigor al cuidado por nuestro crecimiento personal, tanto sea a nivel humano como de fe, a través de un redescubrimiento del amor sponsal por Cristo y del don de nosotras mismas para la misión. Llega a ser también importante reorientar las motivaciones profundas del propio ser y del propio obrar, a través de momentos fuertes de oración y de reflexión, y el redescubrimiento del valor de la fraternidad.

Para volver a motivar el propio don y la dedicación a los hermanos, el Instituto considera importante ofrecer tiempos sabáticos prolongados (trimestrales, semestrales o anuales). Estos períodos son propuestos por la Superiora Provincial

¹⁵¹ Cfr P. Magna – A. Pazzagli, La crisis de la edad media: el período de la menopausia en la mujer, en *Tredimensioni*, 4 (2007), 162-173.

en diálogo con la Hermana, en colaboración con un Equipo formativo, quien elabora tiempos y contenidos.

- **La tardía edad adulta:** este período de la vida coincide a menudo con la celebración del **50° aniversario de la entrada en la vida religiosa**. Es ocasión para celebrar la fidelidad de Dios y decidir hacer de la propia vida una perenne liturgia de alabanza. A la Hermana, aún llena de energía y de experiencia, normalmente se le pide dejar a otros la actividad que ha desempeñado por años con pasión. La obediencia le puede confiar nuevos compromisos, también preciosos, pero normalmente más internos en la comunidad y con un ritmo menos intenso. En este delicado tiempo, la Hermana es sostenida con alguna experiencia formativa, por ejemplo la participación en congresos, seminarios o cursos, a fin de que acoja el significado profundo del Misterio Pascual en su vida y redescubra en sí una maternidad en el Espíritu más fecunda para el Reino.

Es importante que en este delicado pasaje, dentro de una normal evolución de Formación Permanente, la Hermana reelabore la propia imagen de sí misma, que le permita relacionarse correctamente consigo misma, con los demás y con el ambiente que la rodea.

Otro deber evolutivo de este período de la vida es el de reorganizar creativamente el propio tiempo, los espacios, los compromisos y los intereses. Se trata de atreverse a pequeños y nuevos proyectos y ponerse metas para alcanzar, descubrir las posibilidades y los valores que la nueva etapa de la vida ofrece.

Es un recurso para la comunidad que la Hermana utilice el método autobiográfico o el método narrativo, que hace que la persona adulta en la fe sea la protagonista de su propia historia de amor, entrelazada con el Dios encontrado en Cristo Crucificado. El método del “relato”, dentro de la comunidad,

llega a ser así un momento privilegiado de gratitud y de comunión, de compartir los propios afectos, los proyectos realizados, los sueños y los estímulos, para las Hermanas que escuchan, para afrontar una reflexión personal, evaluando aspectos nuevos, tal vez nunca considerados.

- **La ancianidad:** es un tiempo especial de la vida y es ocasión especial de formación, que requiere una preparación particular. La edad avanzada no es una enfermedad, pero lleva consigo la disminución de las fuerzas y, a veces, también el debilitamiento en el compromiso de convivencia y de donación.

La ancianidad trae consigo fragilidad, porque es más vulnerable a la enfermedad y porque está señalada por la inevitable soledad que la acompaña.

Diversos son los tipos de fragilidad: física, psíquica, relacional, emotiva, social, espiritual. Puede llegar a ser recurso para cada Hija de la Caridad en el momento en el que la persona, independientemente de la edad y de las patologías que la limitan, es valorada por lo que es, recurre a su propio bagaje de experiencias, dona sabiduría, valoriza el tiempo presente sin estar siempre dirigida al pasado para lamentarse, mira hacia adelante gozando de cuanto la rodea, difunde alegría de vivir y acepta, si bien con esfuerzo, los inevitables achaques debidos al desgaste de su propio cuerpo.

La Hermana anciana llega a ser una riqueza para nuestra Familia religiosa cuando ella participa y sostiene con la oración a las Hermanas directamente involucradas en los ministerios, alimenta su interés por el Reino en el mundo, cuida su propia vida en el Espíritu, gusta la consoladora experiencia de una nueva intimidad con Dios sólo, se dedica si puede a la lectura, se pone a disposición con corazón alegre, ayudando en los pequeños y preciosos servicios comunitarios, hace compañía a alguna coetánea laica o a las Hermanas enfermas, cultiva algún hobby, participa en las iniciativas parroquiales.

Cada una de nosotras se prepara para ser anciana como testigo creíble de la fidelidad de Dios. Aceptamos dejarnos querer, depender y dejarnos ayudar, sabiendo que el valor de nuestra vida de consagración no está atado a la eficiencia productiva, sino a nuestro ser consagradas canossianas.

La comunidad, invitada a considerar a las Hermanas ancianas como “montañas de piedras preciosas”¹⁵², aprovecha en lo cotidiano su sabiduría, involucrándolas – donde es posible – en la realidad y en la dinámica comunitaria. Se prodiga para hacerles sentir la preciosidad de su existencia, apreciando su testimonio de fe, de esperanza serena, de humanidad rica y abierta a todos.

Cuando la vida se hace más dolorosa, a causa de la enfermedad o de la inactividad forzada, entonces la Hija de la Caridad debe ser ayudada a captar esta situación como altamente formativa, y a considerarla como “la suerte única para dejarse penetrar por el Misterio Pascual”¹⁵³. Es esta etapa final de la vida el verdadero ‘noviciado’, más realista, más verdadero, tan verdadero que la identificación con el Crucificado se manifiesta también en el cuerpo.

Toda la vida anterior es como una preparación para entrar en este ‘noviciado’ con plena ‘docibilitas’. Como el anciano Simeón, llegado ya al final de su vida, también la Hija de la Caridad se abandona totalmente en las manos del Padre, uniéndose a la obediencia sacrificial de Cristo en la Cruz. El momento de la muerte, que es la verdadera entrega de sí en la obediencia perfecta al Padre¹⁵⁴, da cumplimiento a todo el camino formativo, acercando a la Hermana a la conformación total con Cristo Crucificado, “único, sumo e infinito Bien”¹⁵⁵.

¹⁵² Magdalena, Reglas y Escritos, I, 98.

¹⁵³ Congregación, Potissimum, n. 70e.

¹⁵⁴ Magdalena, Reglas y Escritos, I, 30.

¹⁵⁵ Idem, 172.

También para la comunidad, el momento del paso de la Hermana al Padre es un momento formativo de nueva comprensión del valor y de la precariedad de la vida, es una ocasión que une a las Hermanas en la oración y en la comunión fraterna.

La comunidad continúa recordando a las Hermanas con la oración, para “apurar en cuanto sea posible la santa visión del Señor, considerándolas como personas con quienes un día participarán de la eterna felicidad”¹⁵⁶.

¹⁵⁶ Idem, 100.

CONCLUSIÓN

La Formación, Primera y Permanente, no es una cuestión de cantidad o de acumulación de contenidos, sino de calidad y de síntesis, de unificación, de conciencia de sí, de relacionalidad. El éxito de la Formación es en efecto la capacidad de vivir la 'docilidad', en cada etapa de la vida, en cada situación existencial y en los distintos acontecimientos, aprendiendo la verdad sobre sí, la libertad interior, la disponibilidad al diálogo-escucha, la sensibilidad a las diferencias, la pasión por el mundo, la sabiduría, la humildad, la mansedumbre, la gratuidad, la amabilidad.

La Formación por lo tanto es necesaria durante toda la vida, no se termina nunca y es el gran desafío de nuestra vida consagrada.

Para nosotras, Hijas de la Caridad, la Formación es mantener viva una particular memoria del Amor de Dios por cada hombre y mujer sobre la tierra, una llamada siempre nueva a asumir los mismos sentimientos del Hijo, a identificarse con Él, que en la Cruz "de todo fue despojado excepto de su Amor"¹⁵⁷, una invitación constante a humanizarnos como Él, a donarnos como Él, a vivir como Él una disponibilidad sin límites al Amor del Padre para la salvación de cada persona, especialmente de los más pobres de educación, de evangelización y de asistencia.

El don del Espíritu que Santa Magdalena y nosotras hemos recibido es esta misma Caridad de Dios, que resplandeció de manera singular en el Calvario. La Formación nos acompaña en la búsqueda de fidelidad al don y sostiene nuestro devenir continuo, el ininterrumpido conformarnos al Señor Jesús, para que muchos lo 'vean', lo conozcan, lo amen, y lleguen a ser como Él para comunicarlo a los otros.

¹⁵⁷ Idem, 34.

La Formación es el acontecimiento sagrado que nos interpela y nos involucra personalmente: es el secreto de cada una y del Espíritu que madura en las profundidades del corazón y transforma nuestra vida en un don para todos. ¡Nadie puede sustituirnos!. Es el fruto de una conciencia cada vez mayor de Él, el Amor, y de nosotras delante de Él, para que continuamente podamos llegar a ser hijas del Padre, discípulas de Cristo, movidas por el Espíritu, y madres, con María Dolorosa, de toda la humanidad.

ÍNDICE

Presentación	5
Premisa	
Nuestro Instituto y la Formación	9
El Plan de Formación de las Hijas de la Caridad Siervas de los Pobres	11
Parte Primera	
LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA FORMACIÓN CANOSSIANA	13
Parte Segunda	
LAS ETAPAS DEL CAMINO DE FORMACIÓN CANOSSIANA: desde los primeros pasos hasta la entrega final de sí	39
Pastoral Juvenil Vocacional	43
Primera Formación	51
* Discernimiento y acompañamiento vocacional	
* Postulantado	
* Noviciado	
* Juniorado	
* Profesión Perpetua	

Formación Permanente **109**

- * Los primeros 5 años desde la Profesión Perpetua
- * Los primeros 10 años desde la Profesión Perpetua
- * Los 25 años desde la entrada
- * La tardía edad adulta
- * La ancianidad
- * Los tiempos de prueba

Conclusión **131**
